Tomo XIII

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 10

San José, Costa Rica **1926** Sábado 11 de Setiembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Respuesta

a las preguntas del señor Vincenzi en el *Repertorio Americano*

1.ª—¿Cree usted en un posible conflicto internacional entre Japón y los Estados Unidos, en la disputa de la supremacia comercial del Océano Pacifico?

2.ª—¿Qué actitud aconsejaría usted a los paises de Ibero-América en el caso preciso de estallar este gran conflicto?

3.ª—¿Qué podría o debería exigir Ibero-América a los Estados Unidos ingleses para realizar una defensa colectiva del Continente?

1ª—Las preguntas del señor Vincenzi tienen tan amplio radio, que me sobrecoje el pensar en ellas. Un particular no está, por lo general, colocado en posición que le permita abarcar todos los puntos de una investigación que se refiere a pueblos de civilización tan compleja y de tan grandes recursos como el Japón y los Estados Unidos. Carezco de datos, aún aproximados, del volúmen, las formas y la extensión del comercio de esas dos naciones, que, en términos generales, están separadas por la inmensa mole del Pacifico.

Hay además, en ese problema, un factor cada día más importante que lo complica. China ha dejado de ser la masa inerte, dormida, que nos figurábamos; y si China no puede hoy ser amiga del Japón, tampoco tiene motivos para querer bien a los norteamericanos. Fantasear es muy hacedero; pero el señor Vincenzi no nos pide fantaseos.



Dr. E. J. Varona

Visto por VALDERRAMA

2ª—Antes de asumir ese papel de consejero, consideraría yo que en nuestro gran continente viven muchos grupos humanos todavía, y en buen tiempo, separados por intereses, pasiones y aspiraciones disímiles; en no pocos casos antagónicos.

El peligro japonés ¿borraría las diferencias, hoy exacerbadas, entre Chile y el Perú? ¿apagaría la rivalidad latente entre Chile y la Argentina? ¿ahogaría el formidable antagonismo entre México y los Estados Unidos? ¿destruiría los gérmenes de recelo y agravio que la política imperialista de éstos mantiene vivos en las repúblicas de Centro América y las Antillas?

3ª—Me parecen tan poderosos esos motivos de separación, en la hora presente, que no acierto a ver a los pueblos no sajones de América, unidos para pactar una alianza defensiva con el coloso del Norte. Hasta ahora no ha bastado un peligro más o menos próximo, aunque haya sido un gran peligro, para realizar el prodigio de que los pueblos amenazados se concierten y se mantengan unidos en un sólido frente de defensa. Siento decirlo; pero la historia que conozco no me presenta los planes generosos sino en la pluma de pensadores solitarios, como Kant; y en los consejos de los gobernantes sólo encuentro designios, más o menos bien disfrazados, que inspiran la ambición y la codicia, cuando no la flaqueza y el miedo.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

Habana,
21 de Agosto, 1929.

Respondo al Mensaje de Haya Delatorre

Mucho agradeceré al Director del *Repertorio Americano* la publicación de esta carta.

J. EDWARDS BELLO

Querido compañero Haya Delatorre:

Respondo a usted la carta que me ha dirigido por intermedio del REPERTORIO AMERICANO, que es actualmente el periódico que mejor refleja la anhelada unión de nuestras repúblicas.

Empezaré por decirle que no hay comparación entre el señor Leguía y el señor Alessandri, por cuanto el primero es un tirano, y el segundo, a pesar de cuantos defectos quiera usted apuntarle, se conformó a las normas constitucionales, y permitió en su período la formación de un vastísimo plan de reformas internas que ha cambiado diametralmente y en su provecho a la sociedad chilena.

El *chauvinismo demagógico* del señor Alessandri ha sido un efecto desastroso de última hora y ha empañado, no lo dudo, sus bellas acciones de estadista. Achaco en gran parte esta actitud al error inicial de encomendar la solución del asunto de Tacna y Arica a Estados Unidos, y no a Iberoamérica.

En 1920 la democracia chilena escogió al señor Alessandri para hacer triunfar el nuevo programa. Dentro de la política no había mejor. Abogado versátil, capaz de defender con talento cualquier tesis, se ofreció a las juventudes, la clase media y el pueblo.

El defecto del señor Alessandri consistió en que estaba demasiado ligado a los políticos y en que tuvo un concepto vulgar de la fidelidad, llegando a sacrificar por ella una parte de su programa. Por ese erróneo concepto del compañerismo, o la fidelidad de Asambleas y círculos sociales, no destruyó a la vieja oligarquía de negociantes, sino que la dividió, gobernando con la peor mitad, que hizo suya.

A pesar de ello, cumplió sus promesas en lo que se refiere a las leyes sociales, iniciando la más vasta renovación conocida en nuestra tierra. Su creación mayor es el Banco Central; las leyes de Bolsas han tenido gran eficacia, como asimismo las de viviendas y protección al trabajo, iniciadas en su período. Su Presidencia pasará a la historia como un violento tajo entre el pasado y el porvenir. Expresándonos en lenguaje popular diremos: Promovió el bochinche. Era necesario, y, después de él, venciendo las reacciones de la hora presente, vendrán sin duda, otros gobernantes mejores.

En el asunto de Tacna y Arica reveló su aspecto más ingrato, o sea: su impotencia para deshacerse de parásitos de los gobiernos anteriores. Mantuvo en Tacna y Arica funcionarios nefastos y nombró otros parecidos.

La intromisión de Estados Unidos en nuestros negocios, que combatimos celosamente desde las columnas de *La Nación* (Chile) constituye el mayor desastre para la vida independiente de nuestra América después de Panamá.

En mayo de 1920, esbozando el programa popular alessandrista en el diario *Crítica* de Buenos Aires, pusimos: Resolver el asunto de Tacna y Arica bajo bases de solidaridad iberoamericana.

Cuando combatimos el Protocolo de Washington llamamos la atención acerca del peligro de una intervención norteamericana en nuestros asuntos.

En el momento de dar su fallo el tribunal de Washington, declarando la procedencia del Plebiscito, muchos chilenos creyeron un genio al señor Alessandri. Dijeron que había visto mejor que ninguno. El Perú pareció confundido, anonadado. En *La Nación* de Santiago los redactores enemigos del Protocolo, celebraron ese triunfo moral de Chile, avergonzado por cuarenta años de propaganda peruana.

Las autoridades chilenas creyeron que la procedencia del Plebiscito implicaba el triunfo

Pero no contaban con que el general Pershing iba a representar la cara buena de la nación bifronte. El general Pershing, como Lassiter, no admitieron los fraudes, no se dejaron engañar con halagos, con botellas de champagne como un comprador de bueyes en el mesón del Club de la Unión.

Chile y Perú se movieron hacia Arica con todas las roñas electorales que se estilan en nuestra América bárbara. Por nuestra parte fuimos a ganar decididamente, como si se tratara de las elecciones en la comuna de Lampa. Dos periódicos de la defensa chilena hablan claro del espíritu de esas elecciones:

El Corvo
El Ajicito.

Prensa tabernaria, matones, raspadores, rameras soplonas, y una nube de negociantes fueron a merendarse en Arica los millones que desparramó el fisco. Los vapores salían llenos de zánganos, lo mismo del Callao que de Valparaíso.

En esos acantilados rojizos, la tierra más árida del mapa, vieron Pershing y Lassiter cómo chocaban los fermentos de dos pueblos enfermos que hablan la lengua de la *Celestina* mejor que la de *El Quijote.*

Como hongos surgieron en Arica hoteles nuevos, prostíbulos, tiendas, especuladores. Salónica del nuevo mundo.

En tanto chilenos y peruanos reñían, los yanquis observaban. Yo quisiera conocer al gramófono una entrevista entre cualquiera de esos generales y el Presidente Coolidge.

Los dirigentes del pleito chileno eran en realidad inferiores a los peruanos, por su calidad de gestores de casas extranjeras. Inevitablemente el asunto derivó hacia el *business*, es decir hacia Bolivia, donde Norte América posee monopolios de mineral. El gran negociante de estaño, Gugenheim, procuró comprar a los Delegados chilenos para irrumpir al mar con los minerales del Altiplano. Es sabido en Chile que este Gugenheim estaba de acuerdo con altos funcionarios del Plebiscito mediante dinero. El pueblo chileno se muestra favorable a un acuerdo pacífico con Bolivia, siempre que éste se haga honradamente, de pueblo a pueblo, y no por intermedio del capital yanqui.

Salvo raras excepciones, Chile mandó a Arica sus viejas, roídas maquinarias. Para nada figuró allá don Alejandro Alvarez, internacionalista de mundial renombre, que el Gobierno sirve con una renta inferior a la de un teniente, en París.

Arica es un desastre americano. Detrás del humo de la primera locomotora boliviana llegará al mar la bandera estrellada.

Norte América, que compró la guerra europea, compró también el pleito de Tacna y Arica. Es fatal. Yo preví esto en mi ensayo titulado: *El Nacionalismo Continental* que me ha valido juicios elogiosos en México, Argentina, Ecuador, Uruguay, España y principalmente Perú. Conservo palabras elogiosas de muchos peruanos notables, tales como Francisco García Calderón, José Carlos Mariátegui, César Falcón, Alberto Guillén, Luis Ulloa, César Casares Santillana y us-

ted, amigo Haya Delatorre, cuyo Mensaje respondo.

Estoy seguro de que la enemistad entre Chile y Perú es una ficción de gobiernos corrompidos que medran a la sombra de peligros internacionales inventados por ellos mismos.

Declaro con todo mi espíritu que los armamentos que realizan en la actualidad los gobiernos chileno y peruano obedecen a un plan criminal de servir a las industrias guerreras de las grandes naciones, favoreciendo a ciertos conocidos gestores de armamentos. Creo imposible que ciudadanos conscientes de uno u otro país se dejen imponer las armas para una nueva guerra.

Basta que chilenos y peruanos se franqueen en el terreno de la dignidad humana para que desaparezcan los recelos, que son fruto exclusivo de un patriotismo político, sin raigambre en el corazón. La acogida simpática que ha tenido entre ilustres peruanos mi obra *El Nacionalismo Continental* refuerza mis esperanzas.

Chile y Perú se completan dentro del gran cuerpo americano, como Vizcaya y Andalucía en el conglomerado español. Nuestros enemigos están más allá de los Andes. Pero, como sigamos alimentando la política patriotera de los gobiernos miopes, todo nuestro continente quedará relegado a la inferioridad, y nosotros, como los chinos, seremos mano de obra del capitalismo extranjero. El problema iberoamericano será entonces, como el de China, un problema de alimentación. Ya hemos enajenado la fruta del Centro, la ostra y la langosta del Pacífico, la tortuga de Galápagos, y las carnes de Argentina y Uruguay.

Creo interpretar con fidelidad el sentimiento de miles de chilenos, especialmente una clase egregia de escritores, pensadores, profesores, tales como Gabriela Mistral, Barrios, Prado, Vicuña Fuentes, García Oldini, Labarca, Vera, Latorre, etcétera.

Me parece criminal preparar una nueva guerra en el Pacífico cuando un poco de buena voluntad podría evitarla. Los pactos de mayo nos hicieron definitivamente amigos de los argentinos cuando una *clique* militarista chilena pretendía llevarnos *a la victoria* con entrada triunfal en Buenos Aires. En esa época, aún victoriosos, hubiéramos sido moralmente vencidos.

Evitemos ahora el armarnos. No permitamos los jóvenes de Perú y Chile que los gobernantes derrochen dineros fiscales en instrumentos de ruina. Evitemos la guerra que prepara los ogros eternos, los parásitos, los patrioteros, y hagamos así la defensa contra el enemigo verdadero.

Crea, amigo Haya Delatorre, que agradezco su Mensaje. La acogida favorable del gran periódico de Costa Rica a estas ideas americanas que permite delatar a los que pretenden llevar otra vez a nuestros pueblos por el camino del crimen. Su compañero,

JOAQUÍN EDWARDS BELLO.

Madrid-Julio-1926.

Señas de escritores

Habana, Cuba, 24 de junio, 1926.

Sr. J. García Monge.

San José de Costa Rica

Mi querido amigo:

Al concluir de leer la última entrega de nuestro REPERTORIO *(ya casi se ha enajenado usted el derecho a que digamos* su REPERTORIO*), se me ocurre enviarle algunas de mis más recientes* glosas *por si llegasen a interesarle; pero especialmente los artículos de controversia que en el mismo periódico* El País *escribimos respectivamente el señor Manuel Aznar y yo, a propósito de uno que el Sr. Franz Tamayo publicó no hace mucho en el* REPERTORIO.

Le mando estos artículos de polémica para que me haga la merced de hacerlos llegar al Sr. Tamayo, como una demostración del interés que aquí despertaron sus importantes pareceres. Perdóneme la molestia que le ocasiono; pero el REPERTORIO *ha venido a ser, usted lo sabe, una suerte de* clearance house *ideológico de nuestra América.*

Y a propósito, amigo García Monge: ¿por qué no publica usted en sucesivos números de su revista una lista de los escritores representativos hispanoamericanos con sus direcciones? Ella favorecería incalculablemente el intercambio de libros, correspondencia, etc., y estoy seguro de que todos le agradeceríamos mucho su publicación.

Pronto le mandaré un libro que tengo en prensa: Estampas de San Cristóbal.

Le saluda y estrecha cordialmente la mano su

Jorge Mañach.

Primera lista

Gabriel Alomar. San Pedro Nolasco, 1. Palma de Mallorca. España.

Alejandro Andrade Coello. Ap. Postal 53. Quito. Ecuador.

Luis Araquistain. Espalter, 13. Madrid. España.

Germán Arciniegas. Ap. 491. Bogotá. Colombia.

Rafael Arévalo Martínez. Guatemala. R. de G.

M. A. Asturias. 88 Boul. de Port Royal. París.

Alcides Arguedas. 31, Rue Cyprien-Borgnon. Couilly (Seine et Marne). France.

Rafael Alberto Arrieta. Chacabuco, 623. Buenos Aires. República Argentina.

José Austria. Legación de Venezuela. Santiago de Chile.

Andrés Avelino. Colina Sacra. Santo Domingo. República Dominicana.

Azorín. Los Madrazo, 8. Madrid. España.

Hugo de Barbagelata. 8, Rue Pigalle, 8. París.

Eduardo Barrios. San Isidro, 387. Santiago de Chile.

Isaac J. Barrera. Ap. Letra N. Quito. Ecuador.

Jorge Basadre. Colmena, 235. Lima. Perú.

Emilia Bernal. Legación de Cuba. Alfonso XII, 26. Madrid. España.

Rufino Blanco-Fombona. Martín de los Heros, 83. Madrid. España.

R. Brenes Mesén. 1024, Euclid Ave. Syracuse, N. Y. U. S. A.

Rafael Cabrera. Legación de México. Bruxelles. Belgique.

Arturo Capdevila. Charcas, 779. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Rafael Cardona. Querétaro, 72. Depto. 3. México, D. F. México.

Antonio Caso. Universidad Nacional. México, D. F. México.

Américo Castro, Almagro, 26. Madrid. España.

Alfred Coester. Stanford University. California. U. S. A.

Pedro-Emilio Coll. Legación de Venezuela. Olózaga, 4. Madrid. España.

Francisco Contreras. 23, Rue Le Verrier. París.

José María Chacón y Calvo. General Pardiñas, 32. Madrid. España.

Manuel Díaz Rodríguez. Estado Nueva Esparta. Venezuela.

Enrique Díez-Canedo. Antonio Maura, 20. Madrid. España.

Manuel Domínguez. Convención, 292. Asunción. Paraguay.

Armando Donoso. Casilla 3518. Santiago de Chile.

Joaquín Edwards Bello. Consulado de Chile. París.

José M. Eguren. Colón, 120. Lima. Perú.

Concha Espina. Goya, 77. Madrid. España.

T. Esquivel Obregón. Ave. 5 de Mayo, 32. México, D. F. México.

Genaro Estrada. Calle del Pino, 249. México, D. F. México.

César Falcón. 26, Bellevue Road, West Ealing. London, W. 13.

Emilio Frugoni. 18 de Julio, 979. Montevideo. Uruguay.

Frco. García Calderón. 27, Remusat. París.

V. García Calderón. 3, Nicolas Charlet. París.

E. Gay Calbó. P. Lacoste, 52. Habana. Cuba.

V. Geiget Polanco. Santurce. Puerto Rico.

Alberto Gerchunoff. En LA NACIÓN. 344, San Martín, 360. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Isaac Goldberg. 199 Townsend Str. Roxbury, Mass. U. S. A.

R. Gómez de la Serna. Velázquez, 4. Madrid. España.

José Gorostiza. Pomona, 4. México, D. F. México.

Alberto Guillén. Ave. Arica, 328. Lima. Perú.

Sarmiento, escritor

(Concluye. *Véase el cuaderno anterior*)

Dón primario de la Naturaleza, cosa obligada debía resultar que el talento literario de Sarmiento tuviese mucho también de la rudeza desbordante y fecunda con que el virgen suelo americano se entrega al frenesí de su prodigalidad nemorosa; cumplíase con esto, a la vez, el principio sociológico según el cual no hay manifestación de vida que no tenga alguna de sus raíces más o menos profundamente enterrada en el medio de donde con caracteres propios ha brotado. Apasionado, vehemente, pródigo, Sarmiento fué exponente característico del medio tumultuoso en que actuaba y al que, por efecto de natural reacción, formidable como cuanto de él emanaba, impuso el fiat de su potencialidad creadora, que siempre había seguido de cerca la marcha victoriosa de su pensamiento. Porque este hombre extraordinario no sólo fué un terrible agitador de ideas, sino también un trabajador providencialmente preparado por todo género de virtudes para forjar el hierro en bruto de la cultura. Como a tal, no podía ciertamente faltarle el dón precioso de la palabra. Todos los creadores de civilización han poseído esa excelsitud de la mente y del arte. Ahí está Bolívar, si no, confirmando esta nada profunda observación con sus arengas, sus proyectos políticos, sus epístolas, su *Mi delirio sobre el Chimborazo*, piezas todas donde el pensamiento, grave de suyo, aparece troquelado en los más finos moldes de la belleza literaria, y eso que el Libertador, visto por otro aspecto, nada tuvo de literato, y menos aún, si lo decimos al modo francés, de hombre de letras.

La producción literaria del gran argentino enfoca diversidad de aspectos, y así era de razón que sucediera, tanto porque su mente, colocada siempre en la altura, podía abarcar y dominar un horizonte muy amplio, como porque el porvenir le salía al encuentro por todas partes, pidiéndole ansiosamente el auxilio de su pluma para pergeñar el prospecto de una patria grande y hermosa. No hace al caso especificar aquí los temas sobre los cuales Sarmiento especula en sus diferentes libros; en todos ellos confronta con lucidez y audacia los problemas atenentes al fundamento orgánico de la república; así lo observamos, por ejemplo, en *Argirópolis* y en los *Comentarios de la Constitución*. Sin embargo, personalidad tan múltiple y tan vigorosa como la de Sarmiento no era para imponerse un renunciamiento de sí mismo tal que pudiera uno discurrir por entre las frondas alborotadas de su pensamiento sin dar alguna vez, o a cada paso, que es lo más frecuente, con su arrogante figura. Que esto se vea en *Recuerdos de provincia* nada de raro tiene, porque, según él mismo declara, esa bella obra, de índole casi familiar, fué compuesta a fuer de vindicación, y él es en ella el noble y gallardo protagonista. Anotemos aquí de paso que el tema de la educación fué como un *leitmotiv* en las lucubraciones de Sarmiento, que, no así como se quiera, sino en amplia curva, se especializa y se generaliza, a la vez, en este género de estudios y que en el volumen titulado *De la educación popular* nos dejó un cuerpo de doctrinas pedagógicas por entre las cuales se destaca magníficamente el hombre de estado a la par del educador. Hombre de poderosa clarividencia, Sarmiento sabía harto bien que sólo merced al concurso de la escuela y del colegio podía ser realizada la obra de construcción por él entrevista en sus iluminaciones de patriota.

Como es de razón, las obras de Sarmiento difieren unas de otras en cuanto a carácter, tendencias o fines; pero en todas ellas el escritor utiliza el idioma en el modo que más conviene a su objeto con desembarazo propio de quien adquirió pericia en el uso del instrumento con que trabaja. Esta pericia se obtiene con la lectura cuidadosa de los buenos escritores, antiguos y modernos, siempre, eso sí, que el lector posea aquel dón literario de donde nace la aptitud para discernir los elementos ideológicos con que se urde la forma adecuada a la expresión eficaz del pensamiento. Sarmiento había alimentado su poderosa facultad literaria con la lectura de los grandes escritores; impidiéronle hacer estudios metódicos su temperamento, sus inquietudes, su vida trashumante, el barullo de la época; pero aun en medio de tales agitaciones él siempre encontraba espacio para abrevar su espíritu en la fuente de la lectura; en su propia inteligencia Sarmiento poseía, además, otra copiosa fuente de saber, o, sea, lo que corrientemente llamamos inspiración,—suerte de perspicacia con que el ánimo zahorí sorprende ideas y verdades inaccesibles al vulgo: es el privilegio de que en buena hora disfrutan entes dotados de una elevada mentalidad. Por merced de Natura, Sarmiento poseyó capacidad literaria en grado eminente; los libros le habían proporcionado, aparte de esto, una extensa cultura literaria; hallábase, por lo tanto, en condiciones excepcionalmente felices para dar a su pensamiento, siempre en atisbo desde la cumbre, una bella y expresiva forma literaria, que no cayó nunca en refinamientos academicistas: su estilo tenía contextura atlética. No hay una sola de sus obras en que Sarmiento no se muestre gran escritor y, como tal, maestro en el arte de presentar las ideas trasmutadas en imágenes vivientes. Yo no citaría sino una sola, *Facundo*, para que viniera a dar testimonio de mi aserto. *Facundo* es un cuadro palpitante de la vida criolla durante época en que la joven nacionalidad argentina pasaba convulsivamente por la crisis al parecer más aguda de su gestación. Se riñe allí, según se pregona en airadas voces, por organizar el país con arreglo a éste o aquel otro sistema de gobierno; pero lo que con salvaje desnudez se ofrece a la vista es una sanguinaria disputa de ambiciones entre caudillos de hordas; en el fondo, el cuadro terrible reproduce el desorden de la naturaleza bravía que durante siglos nutrió esas almas con las fuerzas de una vitalidad privada de empleo digno y útil. Salvajes, desatentadas, las pasiones se estrujan y se encarnizan unas contra otras en una loca avidez de aniquilamiento; los hombres en quienes esas pasiones rugen y se debaten tienen la grandeza primitiva y bárbara de los semidioses griegos. Entre esos gigantes vemos pasar las figuras de pronunciado relieve que le dan carácter propio al pueblo argentino: el rastreador, el vaqueano, el gaucho, el cantor.

Esta tumultuosa epopeya de sangre está magistralmente pintada en *Facundo*; el tono épico domina en la obra; pero hay en ella también episodios en que la civilidad ciudadana provoca desgarros de gentil caballería entre los temibles contendientes, y entre esos episodios, encontraréis, aquí y allá, escenas de patriarcales costumbres, y entre esas escenas, pasajes idílicos. El escritor luce indiferentemente su maestría sin artificios en todos los géneros. *Facundo* es la historia de una época, y, en concepto de tal, con esa limitación, creeríase acaso que ella sólo puede ofrecer incentivo al interés de la gente argentina: hase observado, con todo, que el conocimiento de las visicitudes humanas ejerce no poca fascinación sobre la mente del hombre, quien en esto conserva mucho sin duda de la plausible curiosidad infantil. *Facundo* tiene de su parte otras circunstancias no menos preciosas: de los relatos históricos generalmente sólo se nos enseña la tosca urdimbre exterior; Sarmiento no echa nunca el velo de cobardes simulaciones sobre las entrañas palpitantes de los hechos que ofrece a nuestra estupefacta contemplación. Porque tiene la viril sinceridad de un Tácito, él nos descubre los secretos resortes de las brutalidades

humanas. En medio de todo, y aunque así al pronto no lo parezca, también se debaten principios de política trascendente en el fondo de la lucha que con tanto calor en *Facundo* describe Sarmiento. Cierto que en las guerras civiles los contendientes obran, en el mayor número de los casos, movidos por el aguijón de pasiones egoístas, mal ocultas por los rótulos llamativos que ostentan sus vistosos gonfalones de combate. No poco de eso había seguramente en la época de Facundo Quiroga; pero el propio libro de Sarmiento atestigua, que las fuerzas en pugna buscaban un punto de equilibrio sobre él cual hallase asiento sólido la república en una de las dos formas corrientes, logrado lo cual, surgiría por añadidura, la libertad civil, como un postulado del orden. Estudio político, que confronta problemas, siempre actuales, de organización social, sobre los cuales arroja el argentino a borbotones las luces de su genio vidente, la lectura de *Facundo* acaba así por ofrecer un incentivo permanente a la curiosidad emocionada de los indohispanos. Todavía... ¿Más todavía?. Sí. Porque, fruto de arte, ese cuadro magnífico reune las superiores bellezas literarias que dan a una obra el sabor de lo clásico. Esto de lo clásico no le viene, desde luego, por razón de ranciedad: le viene de la savia borbollante y fecunda que en él ha dejado la Naturaleza, una naturaleza dura y ríspida; le viene del arrebato épico que en sus hazañas pone el caudillo de aquellas gestas tempestuosas; le viene de la fuerza penetrante que el pensamiento cobra en sus expresiones, de las cuales se diría que hacen presa, como un cóndor, en la mente del lector. He aquí cómo, sin ser hombre de letras, Sarmiento ha podido producir una obra de factura clásica, para lo cual sólo ha necesitado ser un artista. «Sarmiento es un artista que sólo sabe pintar a brochazos»,—ha observado alguno. Tal vez así sea; pero precisamente lo simple del procedimiento hace que el resultado obtenido sea aun más prodigioso.

El Presidente Coolidge piensa con un angloamericano que, fuera de Emerson, ni Wáshington Irving, ni Fenimore Cooper, ni Poe, ni Longfellow, son superiores a Sarmiento en cuanto hombre de letras. Si abandonamos el terreno de las letras, que supone alguna preparación técnica en quienes de oficio las cultivan ,y en esos tales sólo vemos a los escritores, quizás la apreciación del angloamericano, repetida por el Presidente Coolidge, no resulte descabellada. Son muy singulares las condiciones que caracterizan a un escritor y esto hace por todo extremo aventurado precisar modalidades que autoricen cierto paralelismo entre dos escritores por razón de semejanzas. El sistema de Plutarco no sería aplicable con aproximaciones de acierto en este plano resbaladizo de las letras. Habría posibilidad de equiparamiento, tal vez, si se tomara el asunto tratado como base de confrontación; pero en este caso, como en todos, entra por mucho el temperamento o la simpatía del lector, o del crítico, al precisar los puntos en que, a su parecer, coinciden los escritores. La apreciación refleja más bien la psicología del que la hace. Sin duda alguna, cabe establecer equivalencias entre escritores de casta; pero sólo equivalencias. ¿Cómo se establecería la superioridad? Entre escritores dotados de imaginación y que poseen a fondo el sentimiento del arte, la superioridad correspondería a aquel cuyo pensamiento sea como un astro que desde la altura iluminara los caminos de la vida con claridades de esperanza y de ensueño. Colocado en este punto de vista, me doy a creer con el Presidente Coolidge que el vigoroso escritor argentino en nada es inferior a Wáshington Irving, a Fenimore Cooper, a Poe, a Longfellow, ni a otros escritores estadounidenses. Mas aún, — llevo mi audacia hasta creer que tampoco es inferior al mismo Emerson. Ninguna relación existe, por de contado, entre el misticismo filosófico del uno, en quien predomina la augusta serenidad del pensador, y el hispanoamericanismo candente que profesa el otro, caballero andante de la democracia. Una herencia de puritanismo, reforzada en sus actividades a lo largo de muchas generaciones, crea en los descendientes de los presbiterianos una aptitud que casi llega al refinamiento para sentir hondamente la fruición religiosa: calcúlese qué efectos de complacencia piadosa no produciría en hombres así educados la lectura de Waldo Emerson. Emerson contaba, por consiguiente, con un público amoldado a la índole de sus lucubraciones. Sarmiento necesitó iluminar con los resplandores de su pluma la conciencia de un pueblo vigoroso e inteligente, pero que, desorientado en medio del desbarajuste criollo, no atinaba a comprender todo lo que debía y podía cumplir en hecho de civilización con los múltiples y ricos elementos que al arbitrio de su mano ponía una naturaleza pródiga. La literatura de Sarmiento constituye un vasto plan de civilización, y si ella arrumbó convenientemente los primeros pasos del pueblo argentino, allá, en lustros lejanos, su prestancia subsiste hoy, agrandada, entre las juventudes indohispanas, como índice de orientaciones y como obra de arte. Con frase lapidaria define el Presidente Coolidge el papel estupendo que el gran argentino hubo de desempeñar en el continente: «Es», dice, «uno de los grandes caudillos del pensamiento en los países americanos». Efectivamente, en tierras aun no roturadas arrojó él a manos llenas el grano de pensamiento que había de dar frutos jugosos para alimentar y fortalecer el espíritu de las generaciones indohispanas por venir.

No me he enzarzado en estas disquisiciones con el propósito de contradecir a mi ilustre amigo don Elías Jiménez Rojas. En rigor, no existe disparidad de pareceres entre nosotros dos: ha establecido él que Sarmiento no es un hombre de letras, tesis que, desde ciertos puntos de vista, yo tengo por bien sentada; de otro lado, no ha dicho él en ninguna parte que Sarmiento no sea un gran escritor, conclusión a que a mí me parece haber llegado a través de estas líneas. Hasta me sonríe ahora la idea de que, respaldado por la autoridad de su voto, mi opinión alcance el prestigio que de suyo no tiene. Porque el señor Jiménez Rojas es un espíritu de comprensión muy amplia, en el cual nunca puso la rutina sus óseas excrecencias.

Justo A. Facio

San José, Costa Rica,
junio de 1926.

Sanín Cano

Sanín Cano ha comunicado a sus miembros de familia residentes en Bogotá, el propósito que abriga de establecerse definitivamente en esta ciudad, para donde pronto emprenderá viaje. Es ésta una noticia gratísima no sólo para los familiares y amigos personales del admirable escritor colombiano sino para todos los elementos intelectuales de Bogotá y del país.

Probablemente Sanín Cano se propone descansar de su noble e intenso trabajo de produción crítica y literaria, en el seno de la cariñosa y tranquila urbe donde brillaron los fulgores juveniles de esa inteligencia privilegiada. Tal vez quiera hacer aquí un remanso apacible, después de una trayectoria intelectual tan ardiente y sin embargo tan serena, tan combativa y tan equilibrada y tan armoniosa, a través de la prensa europea y americana. Pero Sanín Cano no podrá sustraerse, ni aun aquí, al trabajo espiritual, que es en él una necesidad biológica, un fenómeno vital, un hábito poderoso de su alma, una fuente irrestañable de su vigoroso intelecto.

Desde ahora los elementos intelectuales de la capital, y especialmente aquellos de una mayor afinidad de ideas con el alto pensador y maestro, se preparan para hacer a Sanín Cano un recibimiento digno de esta figura continental. El tendrá la ocasión de conocer cuánta es la admiración que en esta tierra suya, sobre la cual se ha reflejado su propio prestigio, se le tributa por las distintas generaciones de las letras, de la política y del arte. Este periódico, que se ha honrado con la colaboración del gran escritor, se complace en registrar con entusiasmo el próximo regreso de Sanín Cano a la capital del país, que lo considera como el más alto valor de la intelectualidad nacional.

(El Espectador, Bogotá).

La deportación de Jiménez de Asúa

De nuevo, como ya lo hicimos hace meses cuando el insigne pensador español Miguel de Unamuno fué desterrado a Fuerteventura, elevamos ahora nuestra protesta por la deportación a las islas Chafarinas del ilustre penalista, catedrático de la Universidad de Madrid, Dr. Luis Jiménez de Asúa.

Ayer fuimos nosotros, desde esta sección, los únicos entre nuestros elementos intelectuales, que nos rebelamos publicamente contra el atropello cometido por Primo de Rivera contra figura tan alta y gloriosa de la intelectualidad española, como la del viejo y excelso maestro de la Universidad de Salamanca.

Hoy, a nuestra protesta contra el nuevo atropello que con otro intelectual de gran valía comete la dictadura pseudo-militar que rige los destinos de España, se ha unido todo el *Grupo Minorista*.

A raíz de este hecho publicamos en nuestro colega *Carteles* un artículo en el que, después de distintas consideraciones generales sobre lo injusto y contraproducente del castigo impuesto a Jiménez de Asúa, y de hacer resaltar que lejos de difamar a España en Cuba durante su estancia en nuestra República, jamás el nombre de su patria fué enaltecido en esta tierra como lo fué por Jiménez de Asúa durante su permanencia entre nosotros, lanzábamos esta idea y esbozábamos este proyecto:

«Por Cuba y por España debemos los cubanos romper lanzas ahora en defensa de Jiménez de Asúa. En primer término nuestros intelectuales. Ya el *Grupo Minorista*, que con él convivió y se identificó durante su permanencia en la Habana, ha dirigido a Primo de Rivera, el cable de protesta que aparece en esta página. La revista *Social*, le tomará colaboración para todos sus números. ¿Y los profesores de la Universidad de la Habana, qué van a hacer con su colega atropellado? Y los abogados cubanos, ¿vamos a permanecer indiferentes ante el compañero ilustre, hoy en desgracia?

»A Jiménez de Asúa, aún levantado el castigo que sobre él pesa, le ha de ser imposible vivir de nuevo en España mientras subsista la Dictadura pseudo-militar. ¿Por qué no nos reunimos los abogados, y en general los intelectuales cubanos, para conseguir, en la forma que sea oportuna, que Jiménez de Asúa venga a Cuba y en Cuba dé cursos libres de Derecho Penal, para abogados, estudiantes, jueces, magistrados, ya en la Universidad, y en la Academia de Derecho que dirige un grupo de jóvenes y brillantes letrados?

»Cubanos, amantes de Cuba: la idea está lanzada.

»Españoles, amantes de España, ¿queréis prestarle a esa sugestión vuestro calor, vuestro apoyo?»

Esa sugestión ha tenido entusiasta y general acogida por parte de nuestros intelectuales y estudiantes.

Fernando Ortiz, el ilustre Presidente de la Comisión de Legislación Penal de la Comisión Nacional Codificadora; Israel Castellanos, el joven y brillantísimo antropólogo, jefe de la oficina de identificación personal; los estudiantes de la Academia de Derecho, y otras personas y corporaciones se han unido a nuestra protesta y están laborando para lograr la realización de la idea que en nuestro artículo sugeríamos.

El Grupo Minorista y Jiménez de Asúa

Como indicamos, el *Grupo Minorista* envió a Primo de Rivera su protesta por el atropello cometido contra Jiménez de Asúa, con el que los *minoristas* confraternizaron durante la estancia en la Habana del insigne profesor.

He aquí el cable-protesta:

Primo de Rivera.

Madrid.

Grupo Minorista de intelectuales cubanos protesta incalificable atropello Jiménez de Asúa, gloriosa figura representativa intelectualidad española contemporánea, que en reciente viaje nuestra República enalteció grandemente su patria; y dado vínculos históricos e identificación actual de Cuba con la España nueva, formula votos restablecimiento esa nación amiga, justicia, libertad, derecho.

Emilio Roig de Leuchsenring, Juan Marinello Vidaurreta, Agustín Acosta, María Villar Buceta, Mariblanca Sabas Alomá, Rubén Martínez Villena, Conrado W. Massaguer, José Manuel Acosta, Juan Antiga, José A. Fernández de Castro, Alfredo T. Quílez, Alejo Carpentier, Enrique Serpa, Oscar Soto, José Z. Tallet, Alberto Lamar Schweyer, Guillermo Martínez Márquez, Jorge Mañach, Andrés Núñez Olano, Fernando Llés, Félix Lizaso, E. Avilés Ramírez, Arturo Alfonso Roselló, Luis Gómez Wangüemert.

(*Social*, Habana).

Una carta de Jiménez de Asúa

Madrid, 5 de julio de 1926.

Señor Dr. Emilio Roig de Leuchsenring.
Mi queridísimo amigo y compañero:

El señor Hernández Catá me envió ayer el número de *Social*, donde se han publicado sus preciosos artículos sobre mi confinamiento. Con indecible gratitud he sabido por el primero que el *Grupo Minorista* de los intelectuales cubanos dirigió al Presidente del Consejo un telegrama de viril protesta, del que no tenía noticia, porque Primo se guarda bien de publicar todo lo que sea censura para su persona o para sus actos.

El segundo artículo, en que usted hace una especie de *Vidas paralelas* con la de Lanuza y la mía, es un trabajo primoroso y lleno de cordialidad y energía. Yo no tengo palabras para expresarle todo mi reconocimiento y proclamo que es impagable la deuda contraída con usted.

Tengo el propósito de escribir un libro sobre mi confinamiento y sobre las Islas Chafarinas, que iré publicando primero en *La Prensa* de Buenos Aires, y cuyo primer artículo he enviado ya. Le remitiré un ejemplar cuando esté terminado.

Por los diarios sabrá usted que las arbitrariedades de estos hombres que nos desgobiernan crecen cada día. Están presos e incomunicados desde hace doce días, el Dr. Marañón, Marcelino Domingo y 41 personas más. Se han impuesto multas en proporciones de confiscación. Aquí no se puede vivir. Este verano marcho al campo y si en octubre continúa este desgobierno y esta estúpida dictadura, emigraré definitivamente a América.

Por disposición gubernativa, absolutamente ilegal, se ha nombrado nueva Junta del Ateneo, pero los que constituíamos la legítima, presidida ahora accidentalmente por mí, a causa de la detención de Marañón, hemos publicado un manifiesto diciendo que la Única Directiva legal y conforme a las Estatutos, somos nosotros. Pensamos además negarnos a dar posesión a los nombrados de Real Orden (mejor dicho de Real Gana), aunque se presenten acompañados de la Policía o de la Guardia Civil. No se si esa actitud viril y digna originará sanciones contra nosotros, pero estamos dispuestos a arrostrarlas con toda serenidad.

Salude, con el mayor afecto, a ese *Grupo* que tantas atenciones tuvo para mí y que acaba de dar una muestra más de su gallardía y afecto. Dígales que tengan esta carta por suya. Abrazos a su tío Enrique Roig, y para usted muchos y muy fraternales de su agradecido amigo que le quiere de veras,

Luis Jiménez de Asúa

(*Social*, Habana).

El Comité Pró-libertades españolas

Al Pueblo de La Plata

En una serie no interrumpida de atropellos la dictadura española exterioriza su falta de arraigo popular y la ausencia de conceptos de gobierno. La prensa y la opinión amordazada por una censura brutal; clausurados el Ateneo de Madrid y el de Barcelona, las dos tribunas intelectuales de la península, verdaderos núcleos polarizadores de las mejores manifestaciones de la cultura científica y literaria; la organización obrera perseguida y sus líders encarcelados y hasta asesinados impunemente; la disolución del sindicato médico de Cataluña y del Colegio de Abogados de Barcelona; la Universidad de Barcelona intervenida y, flotando sobre la trágica desolación de este panorama político, el fantasma sangriento de la guerra absurda en Marruecos.

De vez en cuando también el nombre de una víctima ilustre recuerda a los hombres cultos y libres la ignominia que pesa sobre los destinos de España: Unamuno, Eduardo Ortega y Gasset, Rodrigo Soriano, el proceso de Garráf, el destierro de Cossio y

ahora el confinamiento en las islas Chafarinas del valiente universitario Jiménez de Azúa, la prisión de Julio Alvarez del Vayo y la expulsión de los estudiantes universitarios, últimas torpezas de la real mazorca, cuyo encono se ensaña con preferencia en los representantes de la más alta intelectualidad. Ella abomina la libertad de la prensa como la libertad de la Cátedra y el orden institucional, porque desearía deprimir la integridad moral al nivel de su propio servilismo y ahogar en la propia estolidez la obra espiritual de los pensadores.

El amor a la nueva España y el sentimiento de solidaridad humana nos mueve a protestar una vez más contra estos actos que entrañan una significación universal, en cuanto es universal en nuestro momento histórico el fervor del hombre por afirmar el imperio de la justicia social y de la libertad sobre el mundo. Federados en un impulso unánime de protesta, las instituciones culturales, políticas y gremiales, cuyos representantes suscriben este manifiesto, invitan al pueblo de La Plata y a todas las agrupaciones de obreros, de estudiantes e intelectuales a adherirse al gran acto público que se realizará dentro de poco tiempo.

Entre tanto llegue a las víctimas de la dictadura española el expresivo mensaje de los mismos que ayer no más saludábamos al maestro Unamuno en la soledad amarga del Fuerte Ventura.

Juan Sabato, por el Centro Estudiantes de Ingeniería; Luis E. Heysen, por la Revista *Sagitario* y por las Universidades Populares González Prada del Perú; Juan F. Andisco, por el Grupo Pro-Agronomía; Benigno Rodríguez y Herminio Corsico, por el Ateneo Estudiantil; Guillermo Korn y Adolfo Montenegro, por el Grupo Renovación y la Revista *Valoraciones;* Daniel Muñoz y Mac Dogall Crespo, por la Asociación Amigos de Rusia; Diego J. Ibarbia y Hurbano Pradere (hijo), por el Centro Estudiantes de Agronomía; Joaquín Muñoz, por el Partido Comunista, Sección La Plata; Juan Manuel Villarreal y Andrés Ringuelet, por la Revista *Estudiantina;* José E. Rozas, por la Federación Socialista Bonaerense; Eugenio Pucciarelli, por *El Estudiante;* Joaquín Gost, Pedro Soler y José Xibell, por la Agrupación Nacionalista Catalana; Baldomero Rabasa y Agustín Romallal, por el Centro Catalán de Cultura; José Nápoles y Luis Favaloro, por la Biblioteca *Alborada;* Antonio Herrero, por el Grupo *Diógenes* y Humberto Vega y Guillermo Oliveira por el Centro Cultural de Humanidades.

Secretaría: Calle 41. - Núm. 314.

La Plata, Rep. Argentina.

(De una hoja volante)

Artista y producción

Vida encuentran las ideas en ellas mismas y su realización difiere grandemente de lo que imaginamos. Si logramos reproducir exactamente nuestro pensamiento, las obras de arte se terminarían. Sabedor el artista del resultado que había de obtener, aplicarse a la realización carecería de interés.

La satisfacción personal de quien produce, no obstante ser el iniciado en su trabajo, se debe, indudablemente, a ser el productor el primer sorprendido por el resultado de su esfuerzo.

En la escala de las producciones: música, letras, escultura, pintura, existe el deseo de agradar a un público que seguramente empieza en el productor mismo.

A la sinceridad personal le hace eco, la mayoría o la minoría, dado lo cual, el artista será quien dé el justo valor que corresponde a su intención.

En el terreno de espectador encontrará el artista progreso y catalogará su trabajo ante la posteridad.

Max Jiménez

San José, Costa, Rica.

Lírica portuguesa

El viejo palacio

Tuve un palacio, que hoy está en ruïnas,
fundado en una roca, junto al mar...
Desde allí, vense lívidas colinas,
se oye el rezo del aire en el pinar...
Tuve un palacio, que hoy está en ruïnas.

En el triste palacio inhabitable,
las ventanas, sin vidrios, a los vientos
lanzan de noche, en coro lamentable,
clamores y quejumbres y lamentos,
en el triste palacio inhabitable.

Queda una galería solitaria
donde medra una flor que el viento inclina,
que sacude la lluvia funeraria,
que baña en luz la luna mortecina.
Queda una galería solitaria...

La flor surge en las gradas oscilante...
aljófar a los cielos despiadados
demanda, y a la luna, sollozante,
descubre anhelos íntimos, alados.
La flor surge en las gradas oscilante...

Como en la galería carcomida,
en el alma una flor también vegeta...
de noche, por el viento es sacudida,
íntima, humilde, lírica, secreta.
Como en la galería carcomida...

¡Ven presto, dolor mío, ve al palacio
para arrancar la flor!... Ve sin tardanza.
Como guerrero audaz del viejo Lacio
huéllala sin piedad: es la Esperanza.
—¡Ve presto, dolor mío, ve al palacio!

Gomes Leal

Trad. de E. D. C.

Bibliografía titular

Los libros recibidos en la semana

Novelas

Tristán Maroff: *Suetonio Pimienta.* (Memorias de un Diplomático de la República de Zanahoria). Segunda edición. Madrid. 1924. *(Don. del A.)*

Conferencias

Porvenir de Cuba y porvenir de Rotary, por M, A. Aparicio Suárez. Manzanillo. Cuba. *(Don. del A.)*

Ensayos

Serafín del mar: *El derecho de matar.* La Paz. Bolivia. 1926. *(Don. del A.)*

Mateo Abril: *Mirando vivir.* San Salvador. 1926. *(Don. de J. R. Uriarte).*

Guillermo Andreve: *A la sombra del Arco.* (Crónicas de París). Editorial *Excelsior.* París. 1925. *(Don. de J. B. Thibault).*

José E. Machado: *El gaucho y el llanero.* Caracas. 1925. *(Don. del A).*

Oratoria

Discursos Parlamentarios de Alfonso Frco Ramírez. México. 1926.

Geografía

Directorio General de la Ciudad de Panamá. Compilada y revisada por Guillermo Andreve. Panamá. 1926. *(Don. de J. B. Thibault).*

Viajes

Gerardo Gallegos: *Erranzas. Por tierras australes.* I - Loja, Cuenca. Guayaquil. 1924. *(Don. del A.)*

Jorge Tulio Royo: *Mirando el Japón.* Kobe Japan. 1926. *(Don. del A.)*

Biografía

Marius André: *Entretiens avec le General Mangin sur l'Amerique.* Librairie Pierre Roger. París. *(Don. del A.)*

Adriano Arié: *¿Cuál fué la patria de Cristóbal Colón?* San José de Costa Rica. 1926. *(Don. del A.)*

Monumento a los franceses del Canal de Panamá. (Don del Lic. Ml. Roy).

Historia

Historia Universal del Proletariado. Cuaderno 1.º Barcelona. 1926. *(Don. de Publicaciones Mundial).* Ap. de Correos 925. Barcelona.

Eladio Grimalfo: *En el Centenario del Congreso de Bolívar.* 1826-1926. Panamá. *(Don. de Juan B. Thibault).*

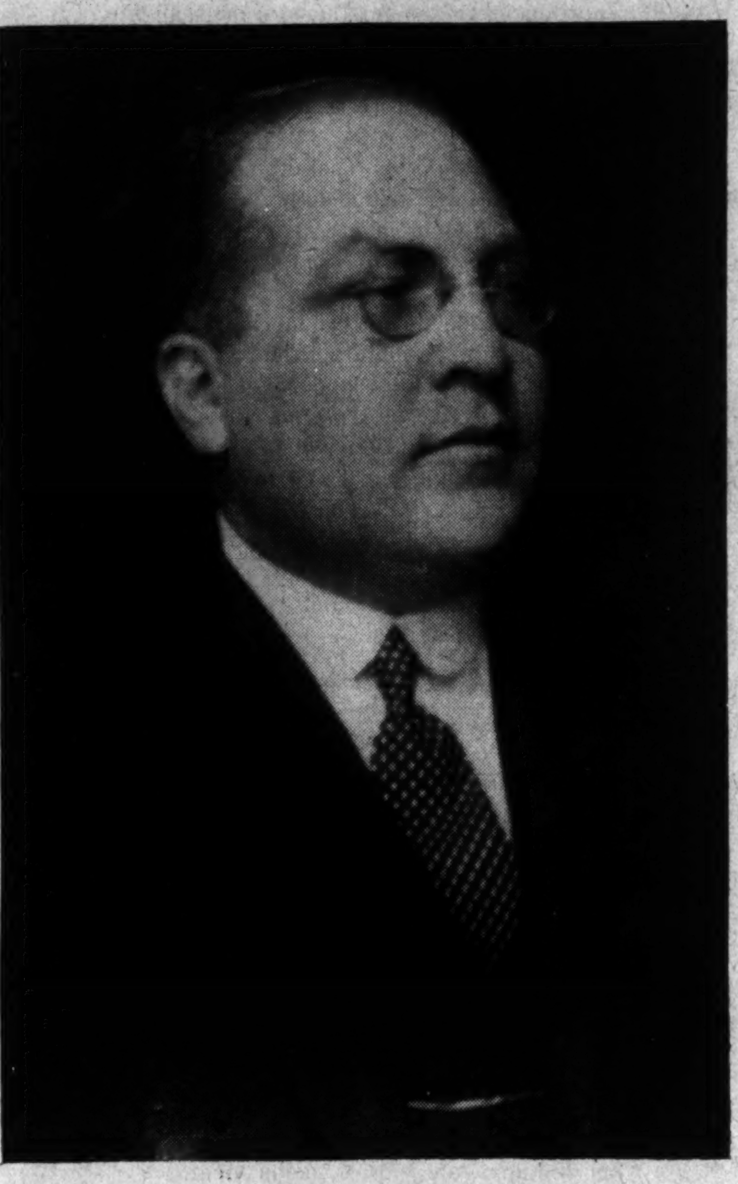
Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Una novela mexicana: *Pero Galín*

Si hubiéramos de elegir—entre el numeroso grupo de aficionados que constituye la intelectualidad activa de México—el espíritu a quien mejor conviene el título de *homme-de-lettres*, nuestro índice, indeciso un instante, señalaría, sin duda, al fin, a Genaro Estrada.

Tablada y Alfonso Reyes—tan intensos en la variedad — viven ahora en un destierro voluntario, entregado el primero a la revisión de su larga y admirable labor; el segundo a la diplomacia, como Ministro de México en París. José Vasconcelos desdeña un poco esta plácida tarea de escribir que no modela las fuerzas de un pueblo con la rapidez con que sus inquietudes heroicas soñaron lograrlo. Antonio Caso ha hecho de la cátedra filosófica su profesión, su justo orgullo, su límite. Los demás son poetas, grandes poetas como González Martínez, pero olvidan las misiones de otra índole destinadas al escritor en un país que como el nuestro, está fabricando a grandes prisas su cultura.

De la época anterior al Ateneo poco es lo que perdurará con la calidad viva que el lector moderno exige a la obra de arte. Los escritores de esta edad caben en una única intención. De ellos podría decirse que fueron novelistas o poetas, o historiadores. La condición del literato es diversa: es un compromiso de todos los días, de todas las horas, incapaz de medirse con una sola dimensión. El literato no es exclusivamente poeta, novelista, crítico. Es eso, y además siente la conveniencia de serlo sin limitaciones y la utilidad de serlo con elegancia. Es un profesional que no ha olvidado aún las delicias del dilettanti.



Genaro Estrada

Así, Genaro Estrada. Desde 1916 hasta ahora, su labor, exigua por comparación con el exceso de sus quehaceres oficiales, ha sido tan penetrante como difundida. En el año citado publicó la mejor antología de poetas que se haya compilado en nuestro país. Siguiendo el procedimiento de Leautaud, el autor de ese florilegio, supo hermanar la estudiada erudición del bibliógrafo con el sentido del gusto que es, después de todo, el pretexto y la flor de la crítica.

Su obra original se enriqueció después con un volumen de poemas en prosa, del género animado en Francia por el talento sinuoso de Aloysius Bertrand. Ha traducido *Linterna Sorda* de Jules Renard, y *Las Municipalidades de la América Española*, de H. I. Priestley. Sus constantes maneras de bibliógrafo lo introdujeron a establecer y cuidar en la Secretaría de Relaciones Exteriores un servicio de publicaciones bibliográficas de novelistas, críticos, historiadores y poetas mexicanos. Dentro de este caudal insertó una abundante bibliografía de Amado Nervo. Ahora ofrece, en un tomo de la más acendrada pureza tipográfica, esta novela: *Pero Galín*.

* *

¿Novela? Algunos se negarán a encontrar en esta serie de capítulos incisivos las características propias del género. Desde luego el lector habituado a la asimilación de los copiosos manjares que la novela naturalista le sirviera, no hallará aquí materia bastante a saciar su apetito. La novela se adelgaza aquí y, como el mercurio, esquiva la presión de la mano que intenta asirla toda. Su más deliciosa condición está en esta incapacidad de construir un cuadro simétrico. Abandonando el procedimiento que hacía de la novela una narración uniforme, en el solo rumbo del tiempo, el autor se contenta con penetrar el sentido del asunto y los caracteres de sus personajes a la luz de unas cuantas visiones acentuadas que son a la novela lo que el *close-up* al cinematógrafo.

Una gran parte del argumento, que era el platillo de sostén para la glotonería naturalista, desaparece aquí en la penumbra. Los hechos mismos no importan en sí; interesan por la claridad que presentan a la idea, al espíritu del esencial personaje pintoresco. No se entienda, sin embargo, que hay en este libro el menor deseo de renunciar, por timidez, al contacto con la documentada realidad. El autor formula con sutileza la ironía del coleccionista, del bibliófilo. Pero él mismo es el coleccionista más paciente, el bibliófilo de todos los minutos. «Un Des Esseintes sano» lo definió el ingenio de un crítico reciente, pensando en el héroe paradójico de *A Rebours*, y hay, en efecto, en Genaro Estrada, todo un ángulo de compleja psicología arqueológica que no podía dejar de transparentarse en la novela. Su gozo lo denuncia en las enumeraciones a las que la longitud no logra robar un solo punto de sabor. Los fragmentos más valiosos de la obra son, por el contrario, esos grupos de coleccionistas en el Volador, esas telas y muebles antiguos que el novelista nos describe con mal retenida devoción, fiel todavía al arcaísmo que desdeña y que le encanta.

* *

Esta novela no se conformaría con ser un simple relato en prosa de la vida de un joven rico y desocupado. Tiene una intención literaria y es la de sugerir la crítica del género colonial—«la hora del habedes»—al que hasta ahora se ha ceñido casi por completo la producción novelesca posterior al Ateneo. Ridiculizar un hombre de gusto las manías tradicionales, limitadoras de la inteligencia; enseñar también cuánto de inútil nerviosidad, de dislocada energía oculta la vida mecánica, ultramoderna de los Estados Unidos del Norte, y entre ambos excesos, situar un propósito: el mismo rústico propósito con que termina, después del viaje por los paraísos artificiales de una cultura en descomposición, el protagonista de *La Ciudad y las Sierras*.

Hubiera sido fácil a Genaro Estrada realizar una crítica más cruel del género colonialista, situándose en los terrenos propios y en el clima anacrónico del virreinato. No parece haber sido éste su pensamiento más tendencioso, a pesar de lo que el prólogo descubre. Cualquiera que haya sido, no obstante, su proyecto, realizó una novela mexicana dentro del cauce contemporáneo que estamos obligados a continuar, a abrir donde no existe.

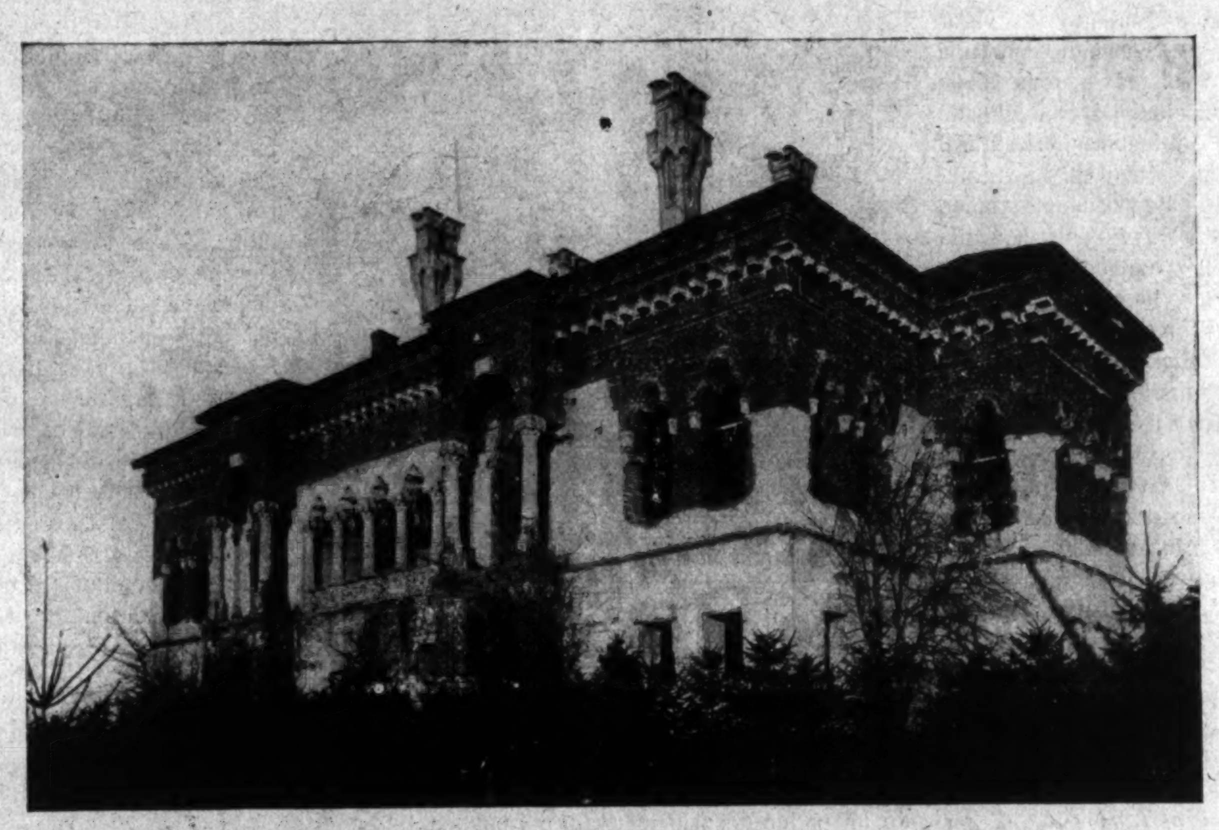
Los hombres, las inquietudes de México desfilan — sin paisaje — en estas páginas.

(Pasa a la página 156)

Un Luis XIV rumano: Brancovan

Por la Princesa MARTHE BIBESCO

(Traducción inglesa de Arthur Stanley Riggs. Versión española de J. C. Sotillo Picornell).



Principesco Palacio de los Brancovans en Mogoshoaia, cerca de Bukarest

Si algún astrólogo hubiera sacado el horóscopo de la tierra cuando nació el siglo XVII, el mundo hubiera sido colocado, quizá, bajo el signo de la belleza. Cuando viajé por Persia me maravillé de encontrar todo lo del Shah Abbas, incesantemente glorificado. Todas las grandes obras de Ispahan se le deben a él: los mayores palacios, los más bellos jardines, las más nobles plazas. Los pícaros vendedores de antigüedades describen todo como «un genuino Shah Abbas» y demandan precios exorbitantes de los viajeros ya que este Shah Abbas fué el gran «Rey Sol» de Ispahan y un contemporáneo de Luis XIV.

La misma cosa ocurre en China, en tanto que en Francia no es sólo Versalles el que es glorioso sino el más insignificante de los pequeños Ayuntamientos y *mairies* locales. En Rumanía, si hemos de aceptar la influencia de las estrellas, se sintió un nuevo florecimiento de las artes durante el reinado de un príncipe célebre por sus riquezas, su munificencia, y por lo largo de su reinado. Constantino Brancovan, contemporáneo del magnífico Luis de Francia, fué el «Rey Sol» rumano, cuyo fulgor dió impulso y vida a la arquitectura. Gran constructor de palacios y tanto como de iglesias y conventos, dedicó a la gloria de Dios más de cuarenta construcciones. A su propia gloria levantó otros once, de los cuales el más notable, y el único que ha desafiado el diente del tiempo y la devastación de los hombres, es el Palacio de Mogoshoaia. Esta residencia de verano es lo único sobreviviente de la arquitectura civil del siglo XVII, en la cual Rumanía fué una vez tan rica, y la única ostentación de su brillante pasado como país edificador.

Largos períodos de infortunios públicos y de invasiones han hecho de nuestro país el más pobre en tesoros de arte entre los pueblos latinos de Europa. El Palacio construido por Brancovan nos dá la medida de lo que el mundo ha perdido en belleza por la continua opresión de la raza rumana, colocada entre el yunque cristiano y el martillo pagano, hija de Roma pero crucificada en las encrucijadas del universo donde tártaros y magdyares, teutones y turcos vivieron extrangulándose continuamente.

Para este atormentado país el reinado de Brancovan fué una época de tregua. Feroces vecinos aflojaron por el momento el puño Inmediatamente la vida se manifestó otra vez en el suelo desolado y la arquitectura de aquí nacida, fué sólo para ser destruída por nuevas embestidas. Lo que queda del Palacio bastará para probar que los rumanos fueron dotados de aquel poder innato de habilidad para construir, heredado por todos los pueblos que llevan impreso el sello de Roma: un sentido o sentimiento arquitectónico repartido en común con otras razas del mismo origen. Francia, Italia, España y Portugal trajeron su fruto hasta la madurez. Pero Rumanía, así obstaculizada en su desarrollo, puede compararse a un árbol sacudido en pleno florecimiento.



Columnas del año 1702 - Palacio de Mogoshoaia

Todos los extranjeros que visitan Mogoshoaia se admiran de saber que este Palacio fué erigido en la segunda mitad del siglo XVII, cuando ellos lo supondrían de buena gana, por su apariencia, siglos más viejo que eso. Cuando se entra a la Capilla y se admiran los frescos que hay allí, la impresión de antigüedad aumenta. Un visitante italiano a quien una vez mostré la iglesia, difícilmente creyó que databa de 1688, ya que los frescos le daban la impresión de obra del siglo XI. Ello habla con elocuencia del rigor de un clima donde el invierno se prolonga obstinadamente. Ello me recuerda aquellos jardines de los países montañosos donde los lirios no florecen hasta medio verano, o de los lirios del valle cuyo florecimiento es retardado medio año por las nevadas artificiales que los expertos horticultores saben derramar a su alrededor para retardar su florecimiento. Esta interrupción en el florecimiento de las artes, que, por su florecimiento en piedra es marcado por centurias, fué el resultado del gran infortunio nacional.

En Mogoshoaia, donde la gracia del renacimiento se entrelaza con la majestad y la solidez del estilo romántico, se encuentran pinturas místicas de la escuela primitiva, y en los arcos semi-

circulares del palacio, en las cúpulas y arquitrabes, modelos tales como se encuentran en Rávena en la tumba de Galla Plácida. Este arcaísmo es una estructura levantada al simple esfuerzo por un príncipe del siglo XVII, es el mejor ejemplo imaginable del retardamiento de vigor creador impuesto a los rumanos por una opresión brutal. A distancia remota de la tierra de su nacimiento, alejada de todas las fuentes de inspiración natural por salvajes enemigos, este pueblo notable continuó, sin embargo, manifestando su genio peculiar a través de la muralla de barbarie que lo rodeaba. La primavera veneciana les llegó tardíamente; pero les llegó, sin embargo. Después de tocar en la costa dálmata se desvaneció hasta llegar a la llanura del Danubio. Cuando decimos adiós a Spalato, a Ragusa la bella, emprendemos un largo y fastidioso viaje antes de encontrar nada que nos recuerde a Venecia. Hay que llegar hasta los pantanos que rodean a Bucarest para encontrar en la logia del Palacio de Brancovan las mismas proporciones que encontramos en la Costa de Oro.

Mogoshoaia, con la esculpida piedra de sus balcones y la columnata de su terraza conmueve hondamente a todos los que aman el sol del Adriático. La sola contemplación de una fachada del gran Canal reflejada en este estanque valaco induce a meditar sobre los destinos de esta raza latina—separada del gran tronco étnico que es Roma, por el espacio, por el tiempo, y por todos los infortunios de su historia—fiel en sus sueños al mundo que le dió vida y empeñada en reconstruir su hegemonía espiritual sobre los límites de su destruído imperio.

De todas las razas a lo largo del Bajo Danubio, sólo los rumanos no se sometieron pasivamente al yugo musulmán. Sus príncipes reinantes fueron, hasta el siglo XVII, vasallos de nombre únicamente, y conservaron el poder de edificar, lo cual nunca hace una raza en cautiverio. En el siglo XVIII su retardado florecimiento avanzó con dificultad. Brancovan, tantas veces vencedor en las armas, celebró sus triunfos erigiendo iglesias votivas y palacios.

Sus edificios tienen un triple carácter: romanos en virtud de sus muros macizos construídos de ladrillos livianos cubiertos en una gruesa capa de cal y canto; venecianos por sus balcones de piedra y orientación lacustre, y andaluces en las arcadas trilobuladas legadas por los moros a todos los latinos del Este. El palacio de Mogoshoaia representa la perfección de estos tres elementos, que, combinados tan lejos de sus lugares de origen, le dieron un maravilloso aspecto, y el encanto sobrenatural de una visión. Residencia de primavera y verano, casa de placer para el soberano, situada apenas a tres millas de la capital, Mogoshoaia es el exponente del perfecto estilo rumano. En él armoniza la aspiración de toda la raza, moralmente recluída y abandonada sobre una pequeña isla latina sumergida en la chusma de pueblos sin arte. Representante de un poder de príncipes, allí permanece avanzado como una patente de nobleza para la nación.



Lienzo de pared esculpido (con una inscripción en caracteres cirílicos). Palacio Real de Poilogi, edificado bajo el reinado de Brancovan en 1698.

La historia rumana sigue la misma ley que su arquitectura. Igualmente anacrónica, sus páginas están rubricadas por mártires en los tiempos en que los martirios habían desaparecido del resto de Europa. Llevado Brancovan como prisionero de los turcos a Constantinopla, se le ordenó abjurar su cristianismo, y al rehusar su abjuración fué decapitado en presencia del sultán—agosto 15 de 1714—en Punta Seraglio, después de haber sido compelido a ver caer las cabezas de sus jóvenes hijos ante sus propios ojos.

La Mottray, un viajero francés que se maravilló de la belleza de Mogoshoaia, dice gráficamente de cómo pasó una noche en el palacio transformado en un *han* o posada de postillones por los turcos, empeñados en asolar el magnífico edificio. Un excelente juez en arquitectura, el francés se deleitó en la belleza de sus columnas, sus capiteles ricamente esculpidos, y los balcones de piedra complicadamente tallados que ornamentan sus fachadas. Habiendo visitado Constantinopla y visto los macilentos palacios de madera y mezcla levantados por los turcos sobre los restos de Bizancio, ridiculizaba estas construcciones precarias como erigidas por nómadas advenedizos que se abrieron camino hacia Europa desde el Este, y observó asombrado que desde su salida de Venecia no había encontrado un solo edificio que fuese digno de contemplarse y mucho menos de habitarse; así es que Mogoshoaia le arrancó el primer grito de admiración. y lo declaró como el perfecto monumento construido *á l'européenne*.



Palacio de Mogoshoaia - Trozo florido de talladura

Después del asesinato de su constructor, Mogoshoaia sufrió por muy largos años esa humillación de que nos habla con tanto sentimiento La Mottray y que



Tapicería Funeraria del año 1600, procedente de los Tres Jerarcas en Jassy. Este palio real es de terciopelo negro de Génova, bordado en oro y perlas.

deveras conmueve en un extranjero. Pero la esposa del príncipe mártir, Marie Brancovan, una mujer de raras virtudes y carácter, había de conocer antes de terminar sus días, la dulzura de una venganza bien merecida. Como princesa que era del Santo Imperio Romano, trató de conseguir algo de valor práctico de su título ilusorio, del Emperador de Viena. Conmoviendo el corazón del Khan de Crimea que la mantenía prisionera de orden del Sultán, llenó sus serrallos de su séquito, y las iglesias de Rumanía repetían el eco de las oraciones piadosas que a todos inspiraba. No pasaron menos de quince años antes de que pudiera obtener sus fueros y recuperar sus inmensas haciendas. Me obsesiona la voluntad de esta moderna Niobe, que de

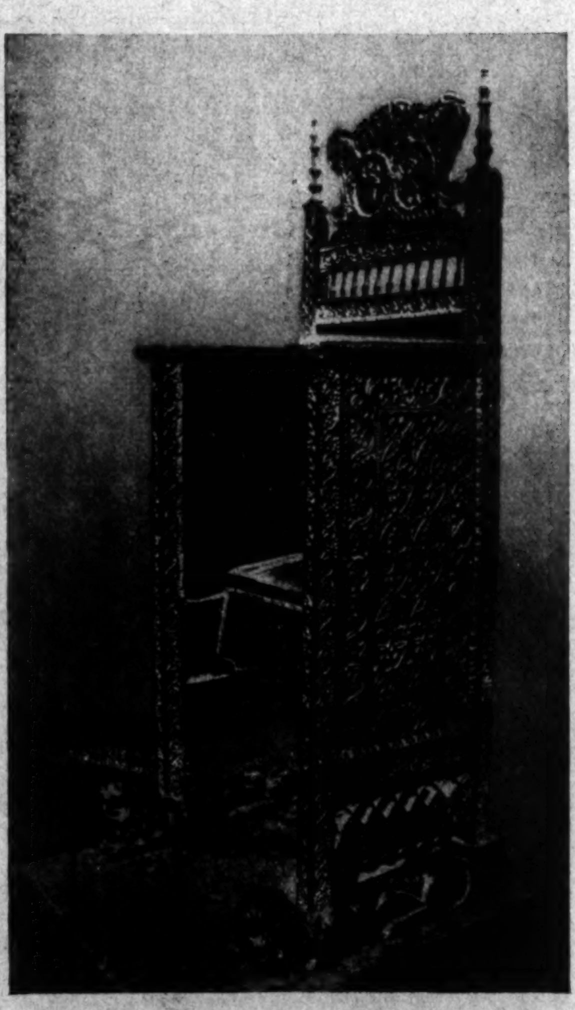
todos sus niños apenas pudo salvar uno, el menor, al que un aya, excediéndose más allá de los límites del amor materno, había sustituído con su propio hijo. A este último infortunado vástago de los Brancovan, que de otro modo hubiera sido inmolado a la gloria de Cristo Redentor, la Princesa Marie legó el derruido Palacio de Mogoshoaia y sus treintidós haciendas a ambos lados del Olt. Pero los tiempos eran duros; una familia extraña había usurpado el trono que dejara vacante el último príncipe nativo; el cetro fué puesto a remate, y los príncipes phanariotas asumieron el mando de acuerdo con los caprichos del Sultán, o más bien, de las necesidades de su tesoro.

El último de los Brancovan ocultó sus caudales. Los espléndidos palacios del siglo XVII fueron reducidos a ruinas antes de concluir el siglo XVIII. Gregorio Brancovan, nieto del príncipe mártir, tuvo que huir desde el Mogoshoaia incendiado para salvar su vida durante el levantamiento popular de 1821, acaudillado por Tudor Vladimiresco. A los albores del siglo XIX los edificios del Príncipe Constantino habían dejado de existir. Sus templos y monasterios, sin embargo, permanecían en pie, gracias a ese sentimiento que gobierna los impulsos de la violencia ante los dinteles de los santuarios. Mogoshoaia, medio quemado, se había convertido en refugio de los buhos en el invierno y de las golondrinas en el verano.

Por fin llegaron mejores días para el palacio de las márgenes del Colentina, y por razón de un matrimonio, fué devuelto a la familia reinante. La última princesa de los Brancovan fué unida en matrimonio al príncipe Jorge Demetrio Bibesco, gobernador de Valaquia. El infortunio, sin embargo, no se había extinguido, como podía esperarse, y bajo la amenaza de la Revolución de 1848, el príncipe fué compelido a abdicar. Otra vez las esperanzas de restauración se desvanecieron con la emigración de la familia a Francia, donde dos de los hijos del príncipe pelearon en 1870 en las filas del ejército francés. Uno de ellos, el príncipe Nicolás, contrajo matrimonio con una hija del duque de Elchingen, regresó a Rumania e hizo de Mogoshoaia su residencia comenzando la restauración del palacio de los Brancovan. Con ese evento coincidió el último vestigio de esplendor rumano en el siglo XVII, y en el horizonte la aparición de un nuevo peligro. Viollet le Duc ejercía una poderosa influencia en el ánimo del príncipe Nicolás y se dibujaron planos que de haber sido ejecutados hubieran resultado en profundas modificaciones. El desastre de la industria azucarera del príncipe, de la cual dependía para sus presupuestos, evitó que se llevara a cabo el ambicioso plan, y el príncipe Nicolás murió sin haber ocupado nunca la mansión de sus antecesores, que fué luego abandonada por más de una centuria.



Candelabro de Plata del Monasterio de Horez



Trono de los Príncipes Rumanos
Principios del siglo XVIII

En 1913, cinco generaciones posteriores al príncipe que lo construyó, ya fué posible esperar volver a la vida a este palacio encantado de Mogoshoaia. El espíritu maligno que indujo a Viollet le Duc y sus discípulos está notoriamente ausente en este segundo intento de restauración. Ese respeto escrupuloso que por las cosas antiguas y su consolidación se tiene en todo Italia, inspiró a Domenico Rupolo, superintendente de Monumentos Históricos de Venecia, en su trabajo en Mogoshoaia.

Una vez más ¿será la última? el palacio peligró durante la Guerra Mundial cuando fué tomado como blanco de los aviadores hostiles. Escapando como por milagro de las fuerzas destructoras que lo perseguían, este robusto testigo del siglo XVII recordará a las futuras generaciones que una de las flores más finas de la civilización latina fué nacida en la rama que se extendía a mayor distancia del tronco.

(De *Art and Archaelogy*
Washington, D. C.)

(Los grabados que ilustran este artículo se deben a la cortesía de Mister Arthur Stanley Riggs).

Paisaje de verano

Está lloviendo con sol,
se ha de componer el día,
y cuando llegue la noche
a pasos lentos,
el cielo se habrá dormido
con los ojos abiertos;

y nos iremos al campo
cuando los bichos de luz
por acercarnos al cielo
jueguen a las estrellitas.

Está lloviendo con sol;
se ha de componer el día.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

Uruguay.

Lírica portuguesa

(Véase la p. 157 de este cuaderno).

He de dar algunas explicaciones acerca de este librito que la Editorial Excelsior presenta en linda impresión y menudo tamaño, porque algo en él, de que no soy del todo culpable, las necesita.

El extravío de una breve nota introductoria que envié a la casa editorial con las pruebas me mueve a repetir ahora, para aquellos a quienes interese mi trabajo, lo que allí manifestaba y hubiera debido encontrar en el libro todo lector.

En primer lugar, que, si el adjetivo Pequeña en parte lo excusa, el sustantivo Antología es tal vez demasiado solemne para una coleccioncilla tan leve como la formada con mis traducciones. Hay que ir a la etimología de la palabra, despojándola de todo el sentido que le ha echado encima la erudición, para encontrarla aquí justificada a medias.

No me he propuesto representar a todos los poetas portugueses de consideración, entre los modernos, únicos que figuran en mi libro, ni siquiera a todos los que me interesan, ni, de éstos las composiciones que estimo más características y dignas de admiración y recuerdo.

Baste decir que la colección se ha encontrado hecha, con sólo reunir en un haz las diversas composiciones por mí trasladadas de poetas portugueses; algunas se remontan a los tiempos de mis primeros estudios literarios; otras, las menos, son de ahora.

He aquí, pues, otro reparo a lo que reza el subtítulo: «traducción y selección». Traducción, bien, con las reservas que diré luego. Selección de cada pieza en sí, y no para formar conjunto.

Queda, por lo tanto, el tomito, como un eco perdido de la melodiosa música que conciertan en nuestros días y en los inmediatamente anteriores, los laúdes portugueses. Tal como está, tiene para mí, el atractivo de evocar lecturas, y a veces, el de recordarme ciertas cavilaciones y luchas para conseguir la transcripción.

Transcripción es la palabra que prefiero, cuando se trata de poesías portuguesas, a traducción o versión. Por ser el portugués y el castellano lenguas tan afines, me parece que la una, si ha de reproducir lo escrito en la otra, tiene que hacerlo con una minuciosidad y literalidad que se excusan más fácilmente cuanto más lejana en espíritu y en formas es la lengua de que se traduce.

Por esto las transcripciones del portugués resultan a veces facilísimas, tanto que una persona experta podría llegar a hacerlas, en determinados casos a libro abierto; pero otras son no ya difíciles, sino imposibles, como no se llegue a parafrasear y sustituir sin piedad una expresión por otra, alejándose de la letra, que, lo repito, me parece vestidura esencial del espíritu. Y la dificultad o la imposibilidad consisten en meras pequeñeces de rima, o de longitud y ritmo de las palabras, que, conservadas, destruirían la música del verso y cambiadas le privarían gravemente de su carácter.

Todo el que haya intentado una labor de esta índole, proponiéndose no saltar por encima de la dificultad, sino resolverla en buena lid, entenderá lo que digo. Por esto hay poesías en portugués que estimo intraducibles artísticamente. Las que doy en mi libro, conservándoles a todas la forma original, y a algunas, como al *Lamento*, de Joao de Deus, el artificio que consiste en repetir, como cuarto verso de cada estrofa, las primeras palabras del primero, han tenido para mí, a menudo, valor de enseñanza técnica, sin contar el más vivo aliciente del gozo del lector.

Un romántico, Juan Bautista de Almeida Garrett, aparece tan sólo con dos cuartetas encendidas, llenas del espíritu de los tiempos. Síguenle, con un soneto, Antero de Quental, tan leído y traducido entre nosotros, y tan bien estudiado desde unas inolvidables páginas de *Clarín*, y varias canciones de Juan de Dios Ramos, o sea, para conservarle el apelativo familiar con que se le conoce, y que es firma de sus libros, Joao de Deus. Estas canciones, de uno de los más puros líricos de Iberia, tienen en su original una blanda y soñadora música, en que estriba su principal resistencia al traslado. Como en la expresión, aguda y amarga a la vez, de Antonio Nobre, se cifra el encanto de sus sonetos, de los que traduzco siete, a continuación de unas poesías parnasianas de Gomes Leal. Eugenio de Castro, Julio Brandao, Alberto d'Oliveira, Alfonso Lopes Vieira, Teixeira de Pascoaes, Juan de Barros, Antonio Sardinha me dan las páginas siguientes. Alguna vez he expresado mi admiración por unos cuantos de estos poetas, que considero entre los más altos de la actualidad. Del último, Antonio Sardinha, buen amigo de España, muerto prematuramente, he querido traer a la memoria de los que le trataron el amable recuerdo, y a la apreciación de los que no le conocieron la figura de un poeta hondo y emotivo.

Cierran el volumen unos versos parnasianos del brasileño Olavo Bilac, impecable de forma, en su lengua, y una breve poesía de otro ingenio lusoamericano, que está en primera línea de los actuales: Guilherme d'Almeida; muestras unas y otra harto insignificantes para dar razón de una lírica abundante y frondosa, que no cede a la lírica americana de expresión inglesa o española.

Sólo me queda repetir, para final de estas dilucidaciones y excusas, el «perdonad sus muchas faltas» de los comediantes de antaño.

E. D. C.

(El Sol, Madrid)

Una novela mexicana: *Pero Galín*

(Viene de la página 152)

Ahora es Diego Ribera a quien una figura de segundo término hace responsable del imposible asesinato del academicismo. Después tocará su turno a Artemio del Valle Arispe y a su prodigiosa colección de sorfijas—una para cada día del año—, sin que por esto se olviden los nombres de algunos insustituibles polígrafos: el doctor Atl, el Marqués de San Francisco, Manuel Toussaint.

* *

Aunque el autor se haya cuidado de no ostentar sus preocupaciones de estilo, ellas se advierten, sin embargo, a través de la cómoda amplitud en que se instala. Si hubiéramos de encontrar a las inquietudes de este estilo un antecedente ilustre sería tal vez el nombre de Flaubert el que nos vendría más pronto a la memoria. Hay algo de la afición no contenida del célebre autor de *La Educación Sentimental* por lo pintoresco exótico en esta frase de *Pero Galín:*

«Algunos negros, en las aceras, enseñaban una sonrisa blanca».

O ésta:

«Un falso turco con chaqueta bordada, calzón bombacho y fez, distribuía tazas de café que iba sacando de un estrambótico aparato de latón».

Pero el recuerdo más constante es el de Azorín. Rara vez—salvo en las enumeraciones dignas, por la riqueza, de un mercado oriental—, el párrafo abandona el menudo paso de la frase corta, sitiada entre dos silencios infinitesimales. Esta concisión se traduce, por fortuna, en un gesto sin elocuencia. No obstante, se extraña en el conj[...] la vieja melodía del fragmento numeroso, de la «cláusula» a que nuestro idioma nos tenía antes tan victoriosamente habituados.

Jaime Torres Bodet

México, D. F. 1926.

Lírica portuguesa

=Del precioso tomito *Pequeña Antología de Poetas portugueses.* Traducción y selección de Enrique Díez-Canedo. Editorial Excelsior. París.=

Lamento

¡Señor, Señor, que nunca un ay oiste
de mi dolor!
¡Ay, esta vida mía es triste, triste!
¡Señor, Señor!

Cuando nací se puso el sol un velo,
mal que lo vi.
¡Teñíase a poniente en sangre el cielo!
cuando nací!

Tu aparición, oh día, vió más alba
que albo vellón
a la rosa; al clavel vió mustio, oh alba,
tu aparición.

Lejos, al mar oyóse, león piadoso,
quejas lanzar;
y en las playas se oyó gemir ansioso,
lejos, al mar.

Nadie las vió: la tierra, como espuma
luego absorbió
mis lágrimas; caían una a una...!
¡nadie las vió!

¡Oh, ruiseñor! Sólo al morir el día
nace tu albor.
¡Enséñame a tu luz la tumba mía,
oh ruiseñor!

Joao de Deus

El entierro de Inés de Castro

A enterrar, desde Coimbra,
llevaban a Inés de Castro;
quedábase el cielo a oscuras,
sin un ángel, sin un astro.

Desde Coimbra a Alcobaza,
dos largas filas de velas:
iban con hachas los hombres,
los ángeles con estrellas.

Tiniebla absoluta al aire;
y unas manos misteriosas
sobre el ataúd vertían
constante lluvia de rosas.

Tras el féretro una Dama,
fuera del camino, llora:
sospéchase que sería
la Virgen nuestra Señora...

Y el Rey Don Pedro camina
sin llorar, sombrío, seco;
roe su mente con rabia,
el corazón de Pacheco.

Salen, si pasa el cortejo
por las aldeas perdidas,
las mujeres a las puertas
con candelas encendidas.

Criaturas que allí nazcan
entonces y en varios meses,
si varones, serán Pedros,
y si son hembras, Ineses.

Cerca de la iglesia estaba
el ataúd todavía,
y el principio del entierro
ya en Alcobaza lucía.

El desfile horas y horas
duraba, sin terminar...
¡Vienen luces y más luces
nadie las pudo contar!

Eran pespuntes de luz
las dos hileras de velas:
junto al féretro zumbaba
todo un enjambre de estrellas.

Cuando el final del cortejo
llegó a la Cruz de Murozos,
salió en el cielo la luna
entre argénteos alborozos.

La luna, puerta de plata:
y el ataúd parecía
llegar al cielo a gozar
la luz del eterno día.

Eugenio de Castro

El entierro del poeta

Van al Poeta a enterrar
(¡Ay, Virgen de los Dolores!).
Ved a las mozas llorar,
cubrir su ataúd de flores.

Era trigueño, galán,
estaba en Derecho...
(¡Las mozas del pueblo van
llorando en llanto deshecho!)

¡Era fino de maneras,
tan gracioso y llano!
¡Los versos de las hogueras
los escribía su mano!

Y al cielo se nos marchó
casi en un instante
de una fiebre que le dió,
tan guapo aquel estudiante...

Todos notan ya su falta,
¡ay, Santa Señora!
¡Llorad, guitarras de la Alta;
viudas estáis desde ahora!

Por las cuestas del Penedo,
la luna al brillar,
los olivares dan miedo,
no para el perro de aullar.

¡Huyeron paz y sosiego,
nos dejó la vida!
Hasta se vió del Mondego
la corriente detenida...

Ya el son de los rezos baja
(¡Sepulcro, tuyo va a ser!)
Antes de cerrar la caja
las chicas le quieren ver.

Cúbrenle de margaritas
y adiós le dicen, parlantes,
con pañuelos las mocitas,
con capas los estudiantes...

Echan rosas en manojos...
Las almas se van detrás
de aquellos bonitos ojos
que no han de ver nunca más!

De aquel mirar hechicero,
aurora boreal
que apaga el sepultero
con paletadas de cal...

El humo del incensario
sube; una voz dice así:
—¡Hazte un nudo en el sudario,
no nos olvides *allí!*

Cierran la caja. Y un ave
(¿disfraz de una estrella?)
volando, roba la llave
y al cielo escapa con ella.

Y ahora el esquilón sombrío
su llanto derrama:
(y allá van ellos, al Pío,
a hacerle la última cama...)

Alberto D'Oliveira

Soneto XI

¡Oh pinos altos, oh septuagenarios
que os levantáis aún, allá en la sierra!
Sois los Enviados extraordinarios
del Rey Pan, su embajada aquí en la Tierra.

Bajo aquellos nocturnos lampadarios
conferenciáis con él... ¿La paz? ¿La guerra?
Y toman notas vuestros secretarios,
que el Libro Verde secular encierra.

¡Talleyrands de los montes eminentes!
Erguidos, no humilláis nunca las frentes
en un acto de corte o recepción...

Del hombre con desdén, volvéis la cara...
¡Ay, si Pan agregado me nombrara,
pinos, a vuestra extraña Legación!

Antonio Nobre

Víbora

Cual víbora concebida,
en mi pecho se formó
esta pasión maldecida
que, al nacer, lo devoró.

Porque naciera morí,
de mi cuerpo se ha nutrido,
y la vida que perdí
es la vida que ha vivido.

J. B. de Almeida Garrett

Nota.—En uno de los próximos cuadernos, publicaremos poemas de Alfonso Lopez Vieira, Joao de Barros, Antonio Sardinha y otros.

Musas itálicas

(Véase la entrega 3 del tomo en curso).

22.—Epitafio

de *Gáspara Stampa.* (1523-1554)

Cuando al fin de mi pecho consumido
el alma atormentada se evapore,
llorad, Mujeres, que el Amor me llore,
pues no llora el ingrato que me ha herido.

Si hay corazón que otorgue condolido
lo que mi acento al apagarse implore,
sobre la tierra que mi mal devore
así grabe por qué tanto he sufrido:

«De mucho amar y ser muy poco amada
vivió infeliz y descendió a esta fosa
la amante más amante y desdeñada.

Paz, viajera, deséale piadosa,
y enséñete quien fué tan maltratada
a huir de un alma cruel y veleidosa».

Traducción de María Cruz

23.—El enfermo gritó...

de *Victoria Aganoor Pompili*

El enfermo gritó:—¿Por qué no viene?
Padezco tanto!—Un galopar seguro
la noche turba, el ánimo previene:
es Ella, blanca en su corcel oscuro!

Rápida, sin que nadie se despierte,
cruza. Se reincorpora el moribundo,
llámala por su nombre: Muerte! Muerte!
Ella, pasando, lo miró un segundo.

Y desdeñosa, descendió hasta el pozo
do una niña su cántaro sumía
feliz y, arrebatándola a su gozo,
desapareció tras de la serranía.

24.—Tristeza

de *Maria Cóppola*

¿Qué cosa desear, qué cosa pedir? No se! La fortuna es tan parca al distribuir sus dones! Cada pálida rosa que revienta es un dolor que se interna en lo íntimo del corazón. La vida... Auroras vibrantes de rápido encanto: ilusiones nacientes... tramontos estriados de fuego, de sombras violáceas: tormentos... infinita angustia cruel...!

25.—Mi hijo!

de *Edvige Pesce Gorini*

Soy madre! En los brazos llevo un ángel que se nutre, de mí, de mis pensamientos, que ha hecho su nido cerca de mi lecho, guiándome, inocente, por límpidos senderos.

Soy madre! Y beso el angelito que descubre, ante mis ojos atónitos, nuevos misterios; nada pido a la vida, nada espero desde que me sonríen amorosos estos bellos ojos negros.

Ha desaparecido toda angustia en la casa que ahora palpita serena como mi alma abierta a la alegría.

Oh! hijo, hijo mío, a tu lado siento que la vida es buena, dulce, saturada de encantos: contigo mi destino se ha cumplido.

26.—A una víctima del amor!

de *Maria Ferraris*

Emplea, en el trabajo, las horas que pasas fantaseando; si no puedes dormir, lee, no medites. Estás enferma, es cierto, pero también es cierto que has de curar: todo se olvida con el tiempo, que es el grande, el único destructor. Destruir significa hacer vivir. ¿No lo crees? Espera: pronto o tarde has de creerme. Te convencerás: una tarde, melancólica, has de dormirte llevando en el corazón la inmensa angustia tuya y, al amanecer, te despertarás desorientada, no podrás despertar contigo la pena tuya que para siempre se durmió: te quedará el recuerdo de tu dolor; el dolor mismo habrá desaparecido; después ese recuerdo irá debilitándose día tras dia... hasta desaparecer, él también.

Sé de una persona que, un día, al leer una página creyó que el mundo se desplomaba sobre su corazón herido; pensó que sólo morir le correspondía. Guardó aquella carta en un estuche, escondió la llave; sintió un horror instintivo... No quiso volver a pasar sus ojos por aquellas dolorosas palabras... Muchos años pasaron... Un día, quiso, se impuso, leer aquellas frases que suponía siempre capaces de abrir de nuevo la herida profunda de su corazón... las leyó y, con dolorosa maravilla, dolorosa en realidad, se dió cuenta de que las líneas ingratas no la turbaban ya. Comprendió entonces que era inútil conservar una carta que había perdido el supremo poder de conmover su corazón. Hizo mil pedazos aquel papel que tanto mal, en otro tiempo, le causó: en el fango del camino se perdieron... y, al perderse, hicieron que ella recuperara su corazón que, en época lejana, también había perdido...

Traducción y envío
de José Fabio Garnier.

Lírica portuguesa

Amaritudo

Por ti no más, sol hoy y siempre oculto,
sombra de Amor y ensueño de Verdad,
llevo en la tierra, lleno de ansiedad,
mi propio corazón en mí sepulto.

En vano de ara en ara va mi culto
flores llevando de íntima piedad.
Veo los votos de mi mocedad
burla tan sólo recibir e insulto.

Al borde del camino me senté...
Oí pasar el campesino viento
exclamando: ¡Así pasa cuanto amé!

¡Pobre alma que creíste en la virtud!
¿Qué serán la vejez y el desaliento
si esto se llama aurora y juventud?

Antero de Quental

Trad. de E. D. C.

Ecos de la controversia Esquivel de la Guardia-Palacios

Una carta del distinguido escritor argentino, Don Gabriel F. Storni

Santa Fe, junio 30 de 1926.

Señor Dr. A. Esquivel de la Guardia.
Buenos Aires.

Mi caro Dr. y poeta:

He recibido un ejemplar del *Correo Nacional* de San José de Costa Rica, donde se publica su valiente carta al doctor Palacios.

Si yo no fuera americanista y por ende viviera ignorante de la arrogantísima sultanía de las Repúblicas de América, probablemente hubiera estado al lado del doctor Palacios, como lo hubiera estado desde ha mucho tiempo al lado de los que creen en el atraso del Paraguay, esa lírica comarca que tuvo un genio en Solano López, ante quien es necesario, en nombre del talento, reverenciarse; y acaso también en Chile, con respecto a Tacna y Arica...

Mas, como siempre he sido un inquieto investigador de la historia, como pocos tal vez, estoy, en este conflicto de apreciaciones, con usted, que viene a ser el vivo reflejo de esa celosa Costa Rica, tierra de poetas y de deliciosas mujeres, y que, como usted lo dice en un arranque de íntima sinceridad, más que de patriotismo, es lugar «en donde la tierra está tan dividida que no hay casi nadie que no sea por lo menos un pequeño propietario; en donde la instrucción pública es uno de los más relevantes desvelos nacionales, hasta el punto de haber allá más maestros que soldados; en donde uno de los códigos es el mejor de todos los similares de la América, según lo dijo en la Facultad de Derecho de esta Capital el especialista Jiménez de Asúa»; todo lo cual, digo yo, sumado a esa vibrante enumeración de orgullos que usted transcribe, hacen un feliz introito que allá, en su brava conjunción, es como una sonante embajada que un país pequeño en extensión kilométrica, pero grande en el campo del carácter y de la moral, larga a los vientos para las comprensiones íntimas de los pueblos que, como el mío, saludan a todos los que llevan bajo su bandera el impulso tenaz del progreso y de la cultura social.

Su carta, doctor, es valiente. Yo felicito, pues, al sereno defensor de esa tierra, emporio de honor y de trabajo.

Con afectuosos saludos le reitero mi estima. Su amigo y seguro servidor,

Daniel F. Storni

Nota: En el asunto de Tacna y Arica, y respetando mucho la autorizada opinión del Profesor Storni, Esquivel de la Guardia ha estado siempre al lado de Chile, por razones que no es oportuno detallar en este momento. Lo que no quita nada de su gran valor a la presente misiva, que tan grata debe ser para los costaricenses.



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

El buen ejemplo

Si yo afirmara que he visto lo que voy a referir, no faltaría, sin duda, persona que dijese que eso no era verdad; y tendría razón, que no lo vi, pero lo creo, porque me lo contó una señora anciana, refiriéndose a personas a quienes daba mucho crédito y que decían haberlo oído de quien llevaba amistad con un testigo fidedigno, y sobre tales bases de certidumbre bien puede darse fe a la siguiente narración:

En la parte sur de la República mexicana, y en las vertientes de la Sierra Madre, que van a perderse en las aguas del Pacífico, hay un pueblecito como son, en lo general, todos aquéllos: casitas blancas cubiertas de encendidas tejas o de brillantes hojas de palmera, que se refugian de los ardientes rayos del sol tropical a la fresca sombra que le prestan enhiestos cocoteros, copudos tamarindos y crujientes platanares y gigantescos cedros.

El agua, en pequeños arroyuelos, cruza retozando por todas las callejuelas, y ocultándose, a veces, entre macizos de flores y de verdura.

En ese pueblo había una escuela, y debe haberla todavía; pero entonces la gobernaba don Lucas Forcida, personaje muy bien querido por todos los vecinos. Jamás faltaba a las horas de costumbre al cumplimiento de su pesada obligación. ¡Qué vocaciones de mártires necesitan los maestros de escuela de los pueblos!

En esa escuela, siguiendo tradicionales costumbres y uso general en aquellos tiempos, el estudio para los muchachos era una especie de orfeón, y en diferentes tonos, pero siempre con desesperante monotonía, en coro se estudiaban y en coro se cantaban, lo mismo las letras y las sílabas, que la doctrina cristiana o la tabla de multiplicar.

Don Lucas soportaba con heroica resignación aquella ópera diaria, y había veces que los chicos, entusiasmados, gritaban a cuál más y mejor; y era de ver entonces la estupidez amoldando las facciones de la simpática y honrada cara de D. Lucas.

Daban las cinco de la tarde; los chicos salían escapados de la escuela, tirando piedras, coleando perros y dando gritos y silbidos, pero ya fuera de las aguas jurisdiccionales de D. Lucas, que los miraba alejarse, como diría un novelista, trémulo de satisfacción.

Entonces D. Lucas se pertenecía a sí mismo: sacaba a la calle una gran butaca de mimbre; un criadito le traía una taza de chocolate acompañado de una gran torta de pan, y D. Lucas, disfrutando del fresco de la tarde y recibiendo en su calva frente el vientecillo perfumado que llegaba de los bosques, como para consolar a los vecinos de las fatigas del día, comenzaba a despachar su modesta merienda, partiéndola cariñosamente con su loro.

* * *

Porque D. Lucas tenía un loro que era, como se dice hoy, su debilidad, y que estaba siempre en una percha a la puerta de la escuela, a respetable altura para escapar de los muchachos, y al abrigo del sol por un pequeño cobertizo de hojas de palma. Aquel loro y D. Lucas se entendían perfectamente. Raras veces mezclaba sus palabras, más o menos bien aprendidas, con los cantos de los chicos, ni aumentaba la algazara con los gritos estridentes y desentonados que había aprendido en el hogar materno.

Pero cuando la escuela quedaba desierta y don Lucas salía a tomar su chocolate, entonces aquellos dos amigos daban expansión libre a todos sus afectos. El loro recorría la percha de arriba abajo, diciendo cuanto sabía y cuanto no sabía; restregaba con satisfacción su pico en ella, y se colgaba de las patas, cabeza abajo, para recibir la sopa de pan con chocolate que con paternal cariño le llevaba D. Lucas.

Y esto pasaba todas las tardes.

* * *

Transcurrieron así varios años, y D. Lucas llegó a tener tal confianza de su querido *perico*, como le llamaban los muchachos, que ni le cortaba las alas ni cuidaba de ponerle calza.

Una mañana, serían como las diez, uno de los chicos, que casualmente estaba fuera de la escuela, gritó espantado;

—¡Señor maestro, que se vuela *perico*!

Oir esto y lanzarse en precipitado tumulto a la puerta maestro y discípulos, fué todo uno; y, en efecto, a lo lejos, como un grano de esmalte verde herido por los rayos del sol, se veía al ingrato esforzando su vuelo para ganar cuanto antes refugio en el cercano bosque.

Como toda persecución era imposible, porque ni aun teniendo la filiación del prófugo podría habérsele distinguido entre la multitud de loros que pueblan aquellos bosques, don Lucas, lanzando de lo hondo de su pecho un «sea por Dios», volvió a ocupar su asiento, y las tareas escolares continuaron, como si no acabara de pasar aquel terrible acontecimiento.

* * *

Transcurrieron varios meses, y D. Lucas, que había echado al olvido la ingratitud de *perico*, tuvo necesidad de emprender un viaje a uno de los pueblos circunvecinos, aprovechando unas vacaciones.

Muy de madrugada ensilló su caballo, tomó un ligero desayuno y salió del pueblo, despidiéndose muy cortesmente de los pocos vecinos que por las calles encontraba.

En aquel país, pueblos cercanos son aquellos que sólo están separados por una distancia de doce o catorce leguas, y D. Lucas necesitaba caminar la mayor parte del día.

Eran las dos de la tarde; el sol derramaba torrentes de fuego; ni el viento más ligero agitaba los penachos de las palmas que se dibujaban sobre un cielo azul con la inmovilidad de un árbol de hierro. Los pájaros enmudecían ocultos entre el follaje, y sólo las cigarras cantaban tenazmente en medio de aquel terrible silencio a la mitad del día.

El caballo de D. Lucas avanzaba, haciendo sonar el acompasado golpeo de sus pisadas con la monotonía del volante de un reloj.

Repentinamente, D. Lucas creyó oir a lo largo el canto de los niños de la escuela cuando estudiaban las letras y las sílabas.

Al principio aquello le pareció una alucinación producida por el calor, como esas músicas y esas campanadas que en el primer instante creen oir los que sufren un vértigo; pero, a medida que avanzaba, aquellos cantos iban siendo más claros y más per-

ceptibles; aquello era una escuela en medio del bosque desierto.

Detúvose asombrado y temeroso, cuando de los árboles cercanos se desprendió, tomando vuelo, una bandada de loros que iban cantando acompasadamente: ba, be, bi, bo, bu; la, le, li, lo, lu; y tras ellos, volando majestuosamente, un loro que, al pasar cerca del espantado maestro, volvió la cabeza, diciéndole alegremente:

—¡Don Lucas, ya tengo escuela!

* * *

Desde esa época los loros de aquella comarca, adelantándose a su siglo, han visto disiparse las sombras del oscurantismo y la ignorancia.

VICENTE RIVA PALACIO

=Del tomo *Antología de cuentos mexicanos*.—Selección y prólogos de BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO Editorial SATURNINO CALLEJA.—Madrid.=

Las tribunas del hombre de Estado

Pocos pueblos habrá actualmente como el nuestro que deban menos en sus orientaciones a la palabra y el consejo de los hombres de pensamiento. En las épocas iniciales, las figuras de mayor prestigio intelectual tuvieron siempre su asiento en la deliberación legislativa o en los consejos ministeriales; de modo que la República se beneficiaba de su experiencia y de sus luces a través de una copiosa documentación pública, donde yace hoy encerrado un caudal de ciencia y experiencia que recomienda por sí solo la actuación de los primeros gobernantes argentinos. Los discursos parlamentarios, los mensajes presidenciales y las memorias ministeriales revelaban hasta hace poco la honda inquietud de sus autores por los negocios públicos. El país encontró siempre en esos documentos la justificación absoluta del encumbramiento en la escena de todos aquellos valores intelectuales que habían formado su bagaje en el rudo batallar de una existencia llena de vicisitudes. Cuando, en las horas en que se conmovían los espíritus a impulso de los acontecimientos, se hacía necesaria la palabra serena y alta, llegaba siempre, más o menos elocuente, pero siempre plena de patriotismo y buen sentido.

Los tiempos han cambiado profundamente. Desaparecieron del escenario político las figuras de mayor gravitación, unas porque han muerto, desplazadas otras por el turbión del sufragio popular; y si bien quedan algunos pocos hombres de Estado que desde su retiro ven pasar los acontecimientos y, a veces, los comentan con más o menos acierto y melancolía, nada puede esperar de ellos el país, aun cuando se precipitasen los problemas y llegase a ser angustiosa la situación general. Nuestros hombres públicos no conciben otra tribuna que la parlamentaria.

En países de mayor educación democrática,—que lo mismo contribuyen a dar eficacia a los derechos populares como a acrecentar la responsabilidad de los directores de pueblos, dentro y fuera del gobierno,—los hombres de pensamiento alzan su tribuna en medio de cualquier concurso público. La inauguración de un monumento, la habilitación de un puente o el homenaje a un prócer suelen ser motivos suficientes para enunciar las más generosas ideas de concordia y los más seductores planes de mejoramiento y bienestar. De ese modo la masa ciudadana está en permanente contacto con el pensamiento más selecto y con los espíritus más abiertos a las especulaciones tan azarosas de la vida contemporánea. No se suscita una sola cuestión capaz de rozar el interés colectivo, que no atraiga inmediatamente la atención del hombre de Estado, tenga o no en ese momento investidura oficial. La masa no está un solo momento desorientada, ni, menos, tiene la inquietud de que las grandes crisis encuentren a la Nación desguarnecida de hombres capaces de encauzar los acontecimientos.

Nuestros hombres públicos hablan poco desde las tribunas oficiales y enmudecen totalmente si están fuera del gobierno. El ex-ministro y el ex-legislador consideran saldada su obligación para con el país apenas terminan sus mandatos legales. Es, sin duda, un criterio inaceptable. La experiencia adquirida en la práctica gubernativa no pertenece exclusivamente al que tuvo el privilegio de ser encumbrado por sus conciudananos, sino que es el patrimonio de todos y debe emplearse en beneficio común. No tiene, pues, derecho el hombre consagrado por sus prestigios intelectuales a callar sus puntos de vista cada vez que se plantean problemas que traen aparejadas soluciones de las cuales puede depender la tranquilidad o el prestigio de la República. La ocasión inmediata de hablar es lo de menos. Una tribuna se alza en cualquier parte con provecho, cuando el que ha de ocuparla puede exhibir títulos legítimos a la consideración del auditorio.

En los Estados Unidos llegó a hacerse una plataforma electoral de la adhesión a la Liga de Naciones. Los hombres más eminentes expusieron sus vistas sobre el asunto, y en la masa popular pudo formarse un concepto claro sobre el mismo. Entre nosotros, si no fuera el comentario periodístico, existiría sobre las cuestiones de interés público una total desorientación.

(La Nación, Buenos Aires)

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica